

Norberto Volante

Entre el Norte y el Sur
Cuentos

Entre el Norte y el Sur. Así titulé a este libro de cuentos porque comprendí que en estos escritos hay partículas de circunstancias y vivencias que delatan que la mitad de mi alma quedó hace cuarenta años en mi viejo barrio de San Telmo, en Buenos Aires, y la otra mitad está acá ahora en Salta.

El Autor

Salta, febrero del 2001

INDICE

Un soldado	5
Descreimiento	9
Esa perra	11
A lo Pirro	15
Recuerdo de Tahiti	17
Breve historia de una Boa	29
Inge Dietrich	31
Contrabandistas, los de antes	35
Cosas de nuestra abuela	41
El Patagonio	45
La Cerrillana	51
Si Dios quiere	55
Esos ojos de siempre	57
Nocturno Lacustre	57
La confesión	67
¡Adiós mamá!	69
Pausa	71
Ardiente y pasional	73
Indalecio, Tuyutí	77
Breve historia de un molusco	81
Benito	83
Igual que siempre	89
Cuento para Navidad	97
Mis perros	101
Ten paciencia	107

Regalo	109
Ximena	111
Mala fama la del viejo	115
Un violento, tierno y hermoso amor	121
Apresuramiento	123
Aviso clasificado	125
La última vez que ví Tumbaya	127
Larga espera	131
Nadie me lo cree	133
De mal humor	135
La visita	138

UN SOLDADO

Son las primeras horas de la mañana, y para ellos el día ha terminado. Un grupo de soldados fatigados, agotados por el horror de un triste combate, procuran ayudarse en su retirada para acercarse hasta las naves ancladas en la orilla del río, desde donde han desembarcado pocas horas antes. En la cubierta de una de ellas, un oficial con insignias de Comandante se aproxima a un viejo sargento que malherido, reposa sobre la borda.

-Juan de Dios, dicen que le conoces.

-Sí señor, le conozco de seguro. Hace ya más de veinte años, y no me he olvidado de él.

-Ánda, cuéntame.

-No tengo para mucho...¿no cree usted?

-Creo que aún no ha llegado tu hora, Juan.

El viejo soldado cierra los ojos para evitar la irresistible náusea que le provoca el movimiento del barco, y la obscuridad le devuelve entonces aquella imagen intacta.

-Sí, son más de veinte. Han pasado ya veintidós años. Fue en el África, en el Marruecos. En nuestro regimiento de Murcia habían estado plaza varios cadetes, y éste era el más joven. El señor teniente don Luis, que Dios le tenga en la gloria, le puso bajo mi mando en la batería, y de paso a mi cuidado, pues el chaval sólo tenía trece años. Era mi primer mando desde Málaga y mi batería la mejor de todas, a pesar que tenía varios borregos como éste. Él era entonces un niño flaquito y serio, que no tenía miedo a nada. A mí eso me gustaba, y le andaba por atrás como si fuera hijo mío. En realidad, trabajo no me faltaba como para que yo anduviera cuidando chavales, pues los moros nos daban bastante, y del bueno.

El niño, callao y obediente, enseguida me ganó, ¡bien que se desempeñaba...! ¡Si apenas podía con las balas del cañón del cuatro...! En Marruecos pasamos dos meses en un destacamento y él no se separaba de mí, así eran las órdenes. Aprendió bastante, y la pasamos bien, a veces paseábamos por la ciudad y el puerto, y nos echábamos un traguico de aquel vino rifeño fuerte y dulce. Aquello terminó pronto, pues tuvimos que salir de estampía a reforzar la guarnición de Orán, con una compañía de Granaderos, pues el Bey de Máscara había sitiado la plaza con numeroso ejército.

Hace una pausa. Gruesas gotas de sudor mojan su frente, el calor es insoportable. La humedad del río lo penetra todo y la cubierta sobre la que están echados los heridos parece recién lavada.

-¿Me escucha señor?

-Sigue, Juan de Dios, que sí te escucho.

-Llegamos a Orán y apenas si pudimos desembarcar por el temporal. En mi vida había visto un lugar así. Hacía pocos días un terremoto había arrasado con todo, y desde el golfo parecía una ciudad sin techos; luego vimos que así era. Eran pocas las casas que lo conservaban. El calor del sol desprendía de las calles un tufo jediondo de los muertos que yacían bajo las ruinas, y el humo, y el olor de la pólvora no mejoraban mucho el aire que se respiraba.

La plaza estaba rodeada de una muralla baja pero sólida, que llegaba hasta el pie del Yebel Murayao, nombre que bien puesto lo tenía: La Montaña del Infierno, pues desde allí recibíamos el fuego de los musulmanes, bien dispuestos a hacernos volar con su metralla.

En el puerto amurallado, el castillo estaba ocupado por la guarnición, de manera que tuvimos que recorrer el

barrio español hasta encontrar donde refugiarnos; con la gente de mi batería ocupamos una taberna que olía a cebolla y a vino agrio, que por lo antigua parecía del tiempo de Solimán. El dueño, un moro viejo y arrugao, nos maldecía por lo bajo al tiempo de servirnos lo poco que le podíamos exigir. La lucha fue cruenta, y el sitio cerrao. Nuestro batallón estaba ubicao al costao de una barranca que dividía la ciudad, y aquellos truhanes rotos nos hacían estragos. Nuestros uniformes no tenían nada ya de azul ni menos de blanco; estábamos confundíos con la tierra.

El chaval tenía sus rodillas flacas al descubierto, hechos jirones sus perneras de arrodillarse a la vera del cañón; y aunque el sitio duró más de un mes, nunca se dirigió a mí para quejarse.

Del cariño que le tenía, yo compartía todo con él: la poca agua salobre que conseguía, y el jergón de paja donde a veces nos echábamos adormir. Jamás me pidió más de lo que le ofrecí: parecía de roca el niño, y eso me dió confianza para tolerar aquel infierno. Pues era un infierno, señor.

Una noche, al regresar de un rondín, le oí sollozar, estaba sentao sobre el jergón mirando sus manos, feamente llagadas.

-¿Qué te sucede?, le dije. Ocultó sus manos a la espalda. -¡Te digo que me muestres!- El pobre tenía las palmas hechas jirones, de cargar la metralla áspera de hierro. Le reproché el no haberme avisao, y él erguido, clavó en mí sus ojos negrísimos y me dijo con esa lengua tan dulce y extraña que hablaba:

-Espero que usted me deje seguir cumpliendo con mi deber de soldado...

-Me dí cuenta, señor, que estaba frente a un hombre. Allí le conocí en su entereza, y hubiera querío

que fuese mi hijo, ese pequeño... Después...poco antes de la caída de la plaza, en una avanzadilla fuí herido y hecho prisionero. Supe más tarde que el Bey pactó una rendición y permitió embarcarse al resto de la guarnición. Los sobrevivientes llegaron a Cádiz, pero yo viví dos años más libre que preso en Mostaganem; luego me dejaron los moros volver a España. Jamás lo he vuelto a ver...hasta hoy.

-Descansa, Juan de Dios. Ahora enviaré un parlamentario a hablarle; cuida de tus heridas.

-Créame señor, que hoy, al comenzar el combate con los rebeldes que nos atacaron, al verle al frente de ellos, al galope, sable en mano, le reconocí enseguida, y...temí por él...olvidé que ya no es un chaval: es todo un soldado.

-Díme...

-¿Señor?

-¿Cómo has dicho que se llama?

-José...José Francisco de San Martín.

A orillas de las barrancas del paraje de San Lorenzo, Río Paraná, Argentina, 3 de febrero de 1813.

DESCREIMIENTO

A Vera Adriana

Dicen que nació en un pesebre en Belén. Yo no lo creo. Habrá sido en una villa miseria de Buenos Aires, en una favela de Río de Janeiro, en un suburbio de la ciudad de México, o en los alrededores de Bogotá o de Oruro.

Dicen que echó a patadas a los filisteos del templo, no lo creo, seguramente les pidió por favor que se retiraran.

También dicen que caminó sobre las aguas, tampoco lo creo porque hace dos mil años las aguas eran puras, limpias y cristalinas y se hubiera hundido hasta el cuello. Ahora, hasta yo puedo caminar sobre las aguas de lo espesas y mugrientas que están.

Y lo peor, es que dicen que lo traicionó uno de sus seguidores y que lo crucificaron los romanos. No creo que sea verdad. Sus partidarios estaban demasiado ocupados en sus internas políticas como para ocuparse de él. Y los legionarios en llenarse los bolsillos.

Yo estoy convencido que él previó claramente el futuro de la humanidad, le pidió a Magdalena que secara sus lágrimas, miró a su madre por última vez para llevársela consigo, ascendió con todo su pesar aquella larga escalera, forzó a sus manos para clavarse esa lanza, y le imploró a su padre, en su último suspiro, que nos perdonara a todos nosotros, que no sabíamos lo que íbamos a hacer.

ESA PERRA

En ese lugar de los alrededores del pueblo eran ellos tres solos: la Nati, el Julián, y su guagua, Pedrito.

Julián, todas las mañanas muy temprano subía a su bicicleta, se pasaba el día afuera, regresaba muy tarde al rancho, y siempre traía algo de plata. Cuando era época de zafra más; sino igual, siempre algo traía. O se metía de peón de albañil, o se iba a lo de su compadre Ibarra a ayudarlo a arreglar alguna moto, o se iba a la ruta a vender naranjas.

La Nati, a la tarde cargaba al Pedrito a sus espaldas, caminaba esos kilómetros hasta el pueblo, -con ese calor-, y se ofrecía para limpiar alguna casa, lavar alguna ropa, que ya había dejado la comida lista para la noche, para cuando volviera su marido, que era su marido porque se habían casado en el registro civil. Y ella soñaba con poder algún día vivir en el pueblo.

Hasta que una tarde el Julián no volvió, vinieron de la policía a preguntarle si ella era la mujer de Velarde Julián, que los acompañara. Y rodeada de los de la policía, de las comadres y compadres de los alrededores, de un señor al que le decían "Señor Juez", la Nati se dió con su marido tirado en un surco entre las altas cañas de azúcar, bajo las luces de los reflectores, con el cuello partido por un machetazo. Rojo el pecho del Julián, desde la barbilla para abajo.

Seis meses después a la Nati se le marcó un surco entre ceja y ceja.

-Fijáte-, decían las comadres. Porque no sabían que pocos días atrás la había visitado, ya tarde y oscuro, el hijo de la maestra que le había dicho:

-Nati, fué el negro Chavez, yo lo ví, y fué de atrás.

Pasó el tiempo. El Pedrito había crecido, ya retozaba cerca del monte, y quedaba solo cuando su madre se iba a trabajar desde la mañana temprano, a ofrecerse para lavar alguna ropa, limpiar alguna casa en el pueblo.

Y un día cuando la Nati volvió rendida, -cada vez más cansada-, lo encontró revolcándose en la tierra con una perra blanca, desconocida, flaquéisima y sarnosa.

-¡Máma! - Y se reía a los gritos el Pedrito. -¡Mirá quién vino!

A los escobazos Nati alejó a la perra, a los orejazos lo metió al chico adentro, le sacó la ropa y luego, en la galería de quinchas, dentro de una tina lo refregó con jabón amarillo y le dijo:

-Negrito sucio.

La perra esa noche no la dejó dormir, rascó la puerta del fondo repetidamente y aulló, hasta que Nati harta y compadecida le tiró unos huesos que le habían sobrado de la sopa. Y escuchó claramente la avidez, el crujido de los huesos, el ruido de las tripas del animal, hasta que al final por la ventana de la cocina la vió, saciada ya, que se fué a echar al pié de un tala.

Y esa noche, a la Nati, el surco entre ceja y ceja se le hundió mucho más.

A la mañana temprano, decidida, tomó una sogá del Julián que colgaba desde quién sabe cuándo en la pared de la galería, fué hasta el fondo, chasqueó los dedos, le dijo vení y le mostró una mano. El animal se incorporó lentamente y luego al trote, cada vez más rápido, se le acercó a lamerle la mano. La mujer era hábil, en un segundo le pasó la sogá por el cuello y se la llevó, casi a la rastra nuevamente hasta el tala, donde la ató. Le arrimó

una lata con agua, volvió a la casa a despertar al chico y le dijo:

-Te doy el gusto. Esa perra se queda.

Unos días después la Nati anduvo apurada y preocupada. Primero porque comenzaron las clases y Pedrito empezaba con su primer grado en una escuela albergue, y llevar y despedirse del chico le costó, y luego porque estuvo atareada con la perra, en bañarla con desinfectante a los tironazos y a los golpes, en machetear unos palos que ató en cruz, en hablar con don Juarez, el carnicero y encargarle tripas, corazón, lo más barato don Juarez que no tengo.

Y lavaba y fregaba en las casas del pueblo, ansiosa hasta la tarde cuando llegaba a su rancho, y la veía a esa perra saltar enloquecida de hambre, famélica, esperándola, y le ponía unos trozos sanguinolentos en el cuello del ridículo muñeco que había fabricado, bien atados cosa que tarasconeara, y le decía: -¡Matá!-, y la soltaba. Y el animal hambriento brincaba directo a la carne, mordisqueaba desesperadamente hasta que lograba voltear con su ímpetu al muñeco, y así comía, arrancando, todas las tardes lo mismo.

Y llegó el día en aquel invierno, cuando llegó la zafra, que la ató cortito, y en silencio caminó con ella hasta el pueblo, se quedó sentada frente a esa inmundicia borrachera, acariciándola sin decirle una sola palabra hasta entrada la noche, y cuando lo vio salir, tambaleante, lo siguió un par de cuadras y le dijo: - Chavez, negro.

Y él se dio vuelta. Y a la Nati se le pronunció la arruga entre las cejas. Y soltó a la perra y le gritó: -¡Matá!-

El animal tenso dudó, giró su cabeza y la miró. Y Nati volvió a gritar:

-¡MATÁ!

Y esa perra se abalanzó, fiera y veloz, y cumplió su cometido.

En el velatorio de la víctima, una de las viejas comadres, embriagada con alcohol, repetía incesante y plañideramente entre el coro de sollozos:

-¡Ay Nati! ¡Ay Natimitay...! ¡Te han roto el pañuelo rojo que yo te he regalao, que te lo has puesto al cuello, caray, caray, caray...!

A LO PIRRO

Hermosa tarde para escribir. Se propone seriamente escribir un cuento. Llueve copiosamente, nada que hacer, soledad e inquietud. La pantalla está allí delante con ese gris tan particular, esperando, sencillamente esperando que se incrusten las letras. Nada. Ninguna inspiración.

A su izquierda, en su biblioteca, sobresalen las Obras Completas de Borges, un tomo encuadernado de color verde, grueso, pesado, lleno de letras que unidas entre sí crean relatos incomparables, anáforas, paralelismos, aliteraciones, pleonasmos, metonimias, metáforas sublimes. Lo hojea por enésima vez y, una vez más se reprocha y se disculpa: *¡Pero yo nunca pude leer siquiera la milésima parte de la biblioteca nacional...!* Y se encuentra nuevamente en ese libro, como en un cambalache, a Judas con Ciro, a Shi Huang Ti junto a Coleridge, a Goethe al lado de Martín Fierro, y comienza su repetido rencor contra el autor que admira.

Pero allí en su biblioteca también están las Vidas Paralelas de Plutarco. Se le ocurre inesperadamente proponerse un desafío al azar, una lotería, una ruleta: donde caiga la bolilla...Acaricia el canto de las hojas e introduce su dedo índice entre ellas: ¡Pirro! Y se levanta de su butaca, se sienta en su sillón junto a la ventana donde repiquetea violentamente las gotas de lluvia y se pone ansiosamente a leer. Las letras son pequeñas, busca en el cajón del escritorio los lentes que poco usa y continúa su lectura.

Difícil el texto, vuelve atrás y relee para lograr entender si en realidad Pirro era hijo de Aquiles, de Tarripas o Eácides, queda en la duda y continúa hasta altas horas de la noche leyendo y releendo todo bajo la luz de

una vela, -ya que la tormenta ha provocado un corte de la luz-, hasta que descubre al fin algo claramente, la tozudez de Pirro, su vanidad e insistencia estéril cuando confiesa: "Si vencemos todavía a los romanos en una sola batalla, pereceremos sin recurso".

A la mañana siguiente, pasada la tormenta, -ha escuchado el cese de los truenos- del brazo de su mujer descende torpemente las escaleras de ese lugar, confundido y aterrado, donde el oftalmólogo le ha dicho:

-Vea, mi amigo, es un grave desprendimiento de retinas, le puedo prometer solamente hacer todo lo posible.

RECUERDO DE TAHITI

Se llamaba Almada o Almeida, no recuerdo muy bien. Ese detalle no me quedó en la mente porque siempre que me dirigía a él, o él a mí, nos decíamos: oiga.

Yo tendría unos diecisiete años y él treinta más, por lo menos. En aquella época yo andaba mirando las cosas con ojos asombrados y él ya estaba acostumbrado a todo. Nos conocimos un anochecer cerca del faro viejo, en la playa, yo caminaba siempre por ahí y nunca lo había visto. Me gustaba ese lugar por lo solitario. Para mí no hay nada comparable a una caminata por una playa solitaria cuando oscurece.

El estaba arrojando un espinel, con una fuerza que me pareció demasiada para su cuerpo flaco. Un chico como de nueve años trajinaba alrededor suyo, enterrando unas estacas y arrastrando unas bolsas para que no las mojara la marea. Pasé por detrás, prudentemente, para no tropezar con las líneas.

-Buenas noches.

-Buenas- Me contestó sin darse vuelta. Miraba al mar. Me molestó un poco su indiferencia, no estábamos en una calle concurrida, éramos nosotros solos, a kilómetros de otras personas. Me detuve unos pasos más allá y volví. Recuerdo que no demostré mucha imaginación cuando le pregunté: -¿está pescando?- Y aprecié su contestación. Podía haberme mandado a cualquier lado y sin embargo no lo hizo. Se dió vuelta, me miró de arriba abajo y me dijo:

-Sí mocito, estamos pescando. Marito y yo.

Me enredé más aún con un par de preguntas estúpidas sobre la carnada y el pique, y él me dejó hablar un rato acerca de todo lo que yo entendía del cazón y la corvina;

siempre silencioso. Luego no me comentó ni me respondió nada, simplemente me preguntó:

-¿Anda solo?

Creí percibir un tono irónico. Una réplica a mi pregunta anterior. "Como usted verá, ando solo", le dije. No. Yo le pregunto en el pueblo. Familia. Amigos. Está solo ¿no es cierto? Sí, pero...¿cómo sabe? Uno se da cuenta cuando un hombre está solo, me dijo. Luego me dió la mano. Y este es Marito, mi hijo.

Esa noche comencé a conocerlo. Ahí nomás, escondida tras las tuyas que bordeaban el médano, estaba su casa. Había pasado veinte veces por ese lugar sin verla. Era una casilla forrada de maderas robadas al mar, con un techo de tirantes y chapas de cinc. Espere que alumbre. Pase, me dijo. Tenga cuidado con los muchachos, no se le vaya a caer ninguno encima. La advertencia era rara. A esa edad uno opta por poner cara de suficiencia o de estúpido. Ahora creo que no hay diferencia entre ambos gestos. El sabía de mi próximo asombro y quería anticiparse, pero no fué lo suficientemente explícito. Entré. Luego lo supe, eran treinta y dos. Treinta y dos grotescas figuras que se movían suavemente colgadas del tirante; que comenzaron a balancearse al conjuro de la brisa que entró conmigo y que siguieron bailando hasta mucho después que Marito, que venía detrás mío, cerrara la puerta. Espantosas figuras colgadas del cuello, de brazos caídos como ahorcados. Roñosos espantajos deshilachados con rostros de operetas. Son títeres, oiga, son títeres...si sabía la cara que iba a poner, se lo decía antes. ¿Quiere una ginebra?

-Sí, un poquito, atiné a decir.

Y conocí la historia del Arlequín de Venecia, y el amor de Rosita la Violetera, y el valor de Juancito el Vigilante. Estaba fascinado. Y él hablaba y se reía. Nunca tengo visitas, ¿sábe oiga?, Marito y yo estamos solitos;

pescamos, vendemos lo que podemos, y a veces cuando me llaman del hotel o a veces de la colonia, hacemos una función, ¿la quiere ver? Y de un baúl inmenso, del cual la ginebra y yo suponíamos que saldría una exposición de arañas, salían ahora unos pobres trapos pintados a la tiza, con vergeles, bosques fantásticos y paredes de arrabal.

-Los hice yo, ¿qué le parece...?

Era calvo, de rostro flaco, demacrado y sin afeitar. Le faltaban los dientes de arriba. Solamente el color bronceado de su piel le daba cierta apariencia de salud.

-¡Oiga! ¿Qué le parece...? Los hice yo. Yo y Marito.

Al día siguiente comprendí lo que era una borrachera. Mi carpa estaba lejos de allí, en el pueblo. Recordé el trabajo que me costó llegar, recordé las olas y el gusto a sal y el vómito y la ropa empapada y el frío tremendo y las veces que rodé en la arena riendo como loco y haciéndome el Juancito Vigilante. Como mis obligaciones en ese tiempo eran únicamente las de mantenerme vivo, salí del paso con aspirinas y catre todo el día.

Esa tarde volví.

-¡Papá...! ¡Ahí viene el muchacho...!

-¿Hola, qué dice?...Ayudemé con esta línea. Voy a recoger la punta que está prendido, tengalá firme.

Estrafalarío. Un pantalón de casimir viejo cortado a la rodilla, atado en la cintura con una soga. Una remera rayada de colores irreconocibles. Un gorro blanco de marinero. Enrollaba la piola tensa entre su pulgar y su índice como una máquina, mientras retrocedía.

-¡Tráeme el cuchillo...! ¡Marito, apurate!

A los coletazos salió el tiburoncito. Lo pisó y con habilidad le partió la cabeza por encima de las agallas.

-Llévatelo Marito.- Y luego se dirigió a mí.

-¿Cómo le va? Creí que no lo iba a ver más...como anoche se fue herido...

-Parece un marinero..., le repliqué con sorna.

No creí que se iba a enojar, mejor dicho, no me imaginaba verlo alguna vez enojado. Se puso lívido. Casi con desprecio me dijo: -Soy un marinero. Sepa que he sido marinero toda la vida.

-Bueno, no se enoje, yo no sabía.

-Ahora lo sabe. -Se aflojó un poco y sonrió.-Algún día le voy a contar, ¿se va a quedar?

Yo llevaba en la bolsa un poco de carne y una botella de vino que había comprado en el pueblo. Se lo dije y le gustó.

-Hace tiempo que no comemos buena carne...bueno, que no comemos carne, así que mal no viene. Venga, vamos a ver que conseguimos para hacer unas lindas brasas.

La carne duró poco y el vino menos. Lo vi silencioso y pensé que era hora de irme.

-A lo mejor usted tiene que hacer, no sé, y hoy como medio se enojó...

-No. No es eso. ¡Marito! Andá a dormir, vaya m'hijo.

Hasta ese momento el chico constituía un misterio para mí. Callado, obediente. No le había escuchado más de tres palabras desde la primera vez.

-Lindo chico, ¿no le parece?, como la madre, como los de su raza, silenciosos y obedientes.

Asentí con un gesto. Me di cuenta que algo quería decirme. Fumaba un cigarrillo armado, admirablemente armado delante de mis ojos: entre los dedos el papel, el chorro de tabaco que cayó de una vieja lata de té, el lengüetazo, finalmente la pitada. Yo lo miraba callado.

-¿Lo miró bien al Marito...? -Lo miré, dándole a entender que no comprendía nada. -¿Le miró los ojos? ¿Se fijó...?

-¿Por qué? ¿Qué tiene...?

-El chico no nació acá. Es Tahitiano.

Desde el día anterior yo esperaba cualquier cosa, y creo que por eso estaba allí. Porque me había apasionado la extraña personalidad de Almada, su soledad, sus insólitos muñecos. Pero no esperaba una cosa así. No supe qué decir y le dije:

-¿Es su hijo...?

-Claro que sí. Legítimo y único hijo mío y de Mara Dubois.

-¿Dubois...?

-Sí, Mara Dubois. Mi vida, mi cuerpo, mi alma, yo entero dentro de una mujer, o cómo a usted se le antoje. Murió hace siete años. De tifus.

Miraba para otro lado y ocupaba sus manos armando otro cigarrillo. -Hija de un francés y de una tahitiana, ¿quiere más datos?, dijo así casi gritando. Luego se disculpó: perdone oiga.

Qué iba a decirle. Sólo atiné a mirarlo y a encogerme de hombros, pretendiendo que él iba a entender mi ridícula expectativa y asombro.

-Perdonemé oiga. Ahí hay ginebra, tome. Sirvamé a mi también.

Y vació el jarro de un solo trago.

-Yo fui maringote en la Mercante. En un petrolero. Di la vuelta al mundo varias veces. Conocí todos los puertos y todos los piringundines y todas las porquerías que usted no se puede imaginar porque todavía es un pendejo. Hace, no sé...unos doce años salimos de San Francisco para Australia. El capitán nos había sacado de

un quilombo chino a la rastra; un desastre era yo. Teníamos que abastecernos en Papetee; primera vez que iba ahí, no conocía. Usted no se puede imaginar lo que es Tahití.

-¿Por qué me dice que no me puedo imaginar? ¿Qué sabe?, le dije molesto.

-Porque no. Porque únicamente se lo va a imaginar teniendo una mujer como Mara.

No le contesté, me di cuenta que estaba tomado.

-La conocí allí, la levanté en la calle como a una loca, pero no era una loca, era una palomita, no sabía nada. Claro, yo era un maringote argentino, la pinta, los bigotes y esas cosas, la picardía criolla. Me cago en la picardía criolla. Me la llevé y cuando quise acordar hacía una semana que el barco había zarpado sin mí. El deserte. Sin papeles, casi sin guita y con una piba tahitiana que no entendía una papa. Únicamente por señas. Yo le hacía así, y había que comer; así, y había que encamarse. Era un ángel, se reía siempre; de todo. Una vez estábamos en la cama y muerta de risa se levantó; le dije vení vení, qué te pasa. Un hilito de sangre le corría por las piernas. Y ella muerta de risa, sin pudor ni vergüenza. Le había venido el mes, y cómo si tal cosa. Y todo así. Ya le dije, era un ángel...hecho mujer. Bueno, ella tenía familia, nos arreglamos; la familia nos sacó del pozo, pude trabajar, aprendí un poco de francés y me la rebusqué. Al año nació Marito. Y la dicha...ojalá que usted conozca la dicha...me duró tres años.

Empezó a resultarme difícil escuchar esta confesión tan dolorosa, y él se debe de haber dado cuenta porque me dijo:

-Quedesé, dejemé que termine. Dejémé terminar. Y con voz más pausada prosiguió.

-Después...después me vine, me enganché en un holandés que venía a la Argentina, el comisario era amigo; lo escondimos al Marito y luego aquí arreglamos todo, ¿quiere más? Lo dijo con tristeza, pero con agresividad. Como en el comienzo, no supe qué decirle. Lloraba.

-¿Por qué...? le pregunté. Me daba pena. Un hombre feo y flaco y viejo llorando.

-Porque nunca se lo dije a nadie. Porque nadie lo sabe, ni a nadie le importa un carajo. Y porque todos los días cuando lo veo al pibe, y le lavo la cara y le doy unos chirlos, la veo a ella. Y ahora si quiere, vayasé nomás.

Pasaron dos o tres días antes de que me animara a volver a verlo. Me daba vergüenza arrimarme a su intimidad y a su tristeza, y hasta pensé que a lo mejor no me querría ver más. Esos días me divertí. Al final la hija del almacenero me dijo que sí, y me la llevé a los médanos, lejos, en la moto. Cuando la tuve, me imaginé que era Mara Dubois.

Después pensé que quizás me estaba esperando. Que compartir la soledad con el mar era demasiado; yo lo sabía muy bien. Y compré un poco de fiambre en el almacén, comprar no es precisamente la palabra, y dos botellas de vino, y fuí. Pero en la moto, por si tenía que volver cargado nuevamente.

Se maravilló. Evidentemente me estaba esperando. Pero quedó más encantado con la motocicleta que conmigo.

-Dejemé dar una vuelta oiga. Vení Maro. Vení que el viejo te va a enseñar lo que son los fierros.

Muy a mi pesar, -yo estaba enamorado de "mis" fierros- le dije vaya...Se va a dar un porrazo, me la va a romper, pensé. Pero no, andaba muy bien; apenas le tomó la mano al embrague enfiló para el lado del faro y la puso a fondo sobre la arena dura, de manera que a los pocos

minutos desapareció en el horizonte. Para aliviar mi impaciencia, me entretuve en revisar las líneas que estaban echadas; una de ellas cimbroneaba con violencia. Con mucha emoción y poca habilidad quise recogerla, y al rato ya tenía un tajo en la mano derecha, el hilo trenzado era como un cuchillo. Escuché el ruido del escape; estaban volviendo.

-Almada, ¡Oiga...! ¡Marito! - Venía a fondo, derrapó en la orilla, y finalmente frenó delante mío en forma magistral.

-Deje, deje. Déme, seguro que es una corvina, y grande.

Afirmó el rollo del hilo en la mano izquierda, con la derecha enrolló una estaca, como una manija, y tirando de ella empezó a correr hacia el médano. Y yo atrás de él. A esa altura la corvina estaba en la orilla, al lado de la moto, vencida.

-Donde rompe la ola se pueden desengachar, ¿sabe?, por eso hay que sacarla rápido. Es linda. Lindo bicho. Lo felicito ché.

Me pareció exagerado eso de felicitarme, así que no le di importancia y le pregunté que le había parecido la máquina. "Muy buena, pero livianita". Y se dedicó a sus aparejos. Debería haber estado esperando una nueva pregunta, porque se dio vuelta justo cuando yo abría la boca:

-¿De cómo maneja tan bien...? Comenzó a reír.

-¿Le gustó, no...?, y se reía.

-Porque no es la primera vez que sube a las dos ruedas- le dije intrigado y molesto a la vez.

-Ya se lo voy a contar, si se queda.- Y siguió trabajando.

No pude menos que alejarme, mientras cavilaba. Me arrodillé en la arena, y escarbé para sacar unas

almejas. Habitado ya a sus sorpresas y a lo increíble, me lo imaginé en el circo, el aro de la muerte o algo parecido. Pensé en un Almada joven, con campera y botas de cuero, saludando al público con una gorra de marinero en la mano. Algo así. Me parece que yo necesitaba que fuera algo así.

Me agradeció el vino. Esa noche estaba más mesurado; aunque nos habíamos sentado afuera y no le veía bien la cara, lo notaba contenido, a lo mejor disgustado por la escena del otro día. Yo por mi parte no le pregunté nada más. Marito se había ido a acostar, callado como siempre, pero al despedirse del padre me había dado un beso a mí también. Almada se sorprendió por ese gesto y me dijo:

-Ya lo ve... ya lo está queriendo él también...- No quise comentar que ese "también" comprendía muchas cosas; ambos nos dimos cuenta y nos callamos la boca. Al rato, cuando el silencio se hacía pesado, me pidió un cigarrillo. Lo prendió despacio y echó una bocanada larga, con el gesto de quién recuerda algo.

-Mire, yo le he contado muchas cosas y usted me escucha, me sabe escuchar. Se ve que es un buen chico. Un muchacho educado. Posiblemente alguna vez se va a acordar de mí, cuando pase el tiempo, y me comprenda mejor. Yo nunca tuve familia, ni esas cosas que a uno lo hacen sentir bien a la edad suya. Mi viejo me echó de casa cuando yo era como usted, o más chico, ¿sabe?. Siempre fui un busca, y ahora tengo lo que tengo, o sea no tengo nada, porque siempre lo quemé todo...usted quiere saber lo de la moto, ¿no?

-No tiene importancia.

-No. Si yo sé que usted quiere saberlo. Y yo se lo quiero contar. Mire, por el año treinta y dos yo andaba de pión en el litoral. El Chaco, Formosa. Arriaba hacienda,

cruzaba la frontera a cada rato. Era linda vida. Para esa época me quedé trabajando un tiempo en el Paraguay, y estando allí justo empezó la guerra del Chaco, con los bolivianos, ¿se acuerda? Le dije que sí pero no tenía idea. El asunto era bravo, continuó. Yo como argentino no tenía necesidad de meterme pero siempre me gustaron todas y me enganché de voluntario. De ahí lo de la moto. En el ejército me preguntaron qué sabía hacer. Y como les dije que sabía hacer de todo, incluso manejar, me pusieron de estafeta motorizado. Meta va y viene por caminos de barro colorado. Eso sí que es andar en dos ruedas, perdone. Tenía una máquina grande, de mucha cilindrada. Con cambios a palanca acá al lado del tanque, ¿vio? A veces le ponían sidecar, para llevar a los oficiales. Así podía agarrar la huella y la hacía zumbar.

-¿Y usted estuvo allí, en la guerra? -Yo estaba intrigadísimo- ¿En el combate? -Mi curiosidad ya no era por lo de la moto.

-Claro, oiga... Mi regimiento era de caballería. Era el regimiento José de San Martín. Habíamos varios voluntarios argentinos. En el treinta y tres tomamos dos tanques; yo estuve allí, en la pelea. Y me salvé por un pelo de dejar el cuero, como muchos lo dejaron.

Dejó de hablar. Me dio la sensación que no quería mencionar eso. Se levantó. Estiró el cuerpo poniendo las manos en los riñones y bostezó. No tuve la menor duda que había dado por terminada la noche. Yo lo imité y me despedí.

-Vengasé con la moto, ¿no? Así me deja dar otra vueltita-, me dijo cuando arranqué.

Ninguno de los dos podíamos saber que nunca más nos volveríamos a ver. Mejor así. No hubo despedidas, ni promesas, ni nada. Cuando me fuí, al otro día, le dejé

dicho en el almacén que desde Buenos Aires me habían mandado llamar urgente y nada más.

Un siglo después volví a ese lugar. Fuí a buscarme a esa playa, a encontrarme con un recuerdo que no podía ser, pues los recuerdos no pueden ser más que eso mismo. Regresé a desenterrar alguna almeja que tuviera el mismo sabor de antes. Por eso lo busqué. La arena, el viento y los años habían cubierto cuidadosamente los restos de aquella casilla. Restos de palos quemados, algunas botellas, cantidad de latas ennegrecidas. Y un trocito de la cara, y una manito de Juancito el Vigilante. De él. No tengo dudas.

En el almacén, ahora supermercado, la señora dueña, gorda, canosa y simpática que una vez fué para mí una espigada tahitiana, -sin reconocirme, por supuesto-, me contó una historia.

-Seguramente se volvió loco. Porque él al chico lo quería mucho. Lo adoraba, aunque no era suyo. Mi papá, que lo conoció muy bien, me contaba que cuando lo dejaron salir de la cárcel, -porque ese hombre estuvo más de veinte años preso en el sur por un crimen-, y se enteró que su mujer, que él quería mucho, se había ido con otro, la buscó por todos lados, pero ella se había hecho humo con el fulano. Menos mal que al chico de ella lo tenían unos parientes, y él se los quitó, y se lo trajo aquí. Parece que el pibe lo amansó, le quitó las ganas de la venganza. Entonces se hizo el rancho ese en el faro y ahí lo crió él solito. Era un hombre muy raro. Parece que en la cárcel había leído mucho, dicen. Yo era chica, bueno...tendría unos diecisiete años cuando lo de la tormenta aquella que fue como un maremoto. Seguramente el pibe habrá querido recoger los espineles para no perderlos, no sé, pero el asunto es que no lo encontraron más. A la costa no

volvió. El cuerpo ¿sabe? Porque una ha visto mucha gente ahogada, y el cuerpo siempre vuelve, la marea lo trae como esté. Y él se volvió loco. Seguro. Los que lo vieron dicen que andaba por la playa, de noche, llamándolo al chico. Pobre hombre. No aguantó. Un día le prendió fuego a la casilla y se quedo ahí adentro.

BREVE HISTORIA DE UNA BOA

La Lampalagua reptaba silenciosa y velozmente sobre la hojarasca en la dirección exacta de su desayuno: un conejo. Es sólo un instante. Sus fauces se abren en la amplitud adecuada para la presa y se cierran instantáneamente. Sin detenerse, divisa en la cercanía un gordo ratón entretenido en roer la corteza de un jacarandá, y repite la operación sin vacilar. Su grueso cuerpo, su longitud de más de tres metros ascienden enroscándose al mismo árbol, arriba, mucho más arriba hasta detenerse en la posición adecuada, su cuello colgando, su cabeza como un péndulo, avizorando el bosque en todas las direcciones. Descansa. Inocente, su falta de agresividad hacia esos seres que una vez la enlazaron, la arrastraron, la encerraron en un enorme galpón lleno de bolsas de cereales y la utilizaron saciando su increíble apetito con cientos de ratas, la hicieron cautelosa, ya que su vuelta a la libertad la consiguió a fuerza de astucia. Y ahora, aprendida la lección, observa y cuida celosamente su territorio, su bosque y su río, en el cual se refresca de a ratos, en ese tórrido ambiente.

Más tarde, antes del mediodía, desciende a su modo: lentamente. Vacila, y se dirige hacia un lugar del bosque que poco conoce. Su vientre percibe la arena caliente y se aleja, y avanza rápidamente, y la arena es cada vez más caliente, y el sol le pega en su lomo, y su instinto le dice que ya no la cubre la sombra del monte y acelera en busca de esa sombra. Sus ojos, adaptados a la media luz y a la oscuridad, deslumbrados, advierten un enorme bulto que le es familiar, se alza y se introduce entre gruesos rollos de troncos de árboles talados.

Más fresca ahora, se alivia, y su sutil oído percibe que a su alrededor todo tiembla, y que ese temblor y ese

ruido sorprendente persiste y continúa. Inocente, como de costumbre, ignora que está metida en el acoplado de un camión maderero.

El traqueteo, el aire fresco, la inducen a dormir. Y despierta en un campo, rodeada de altas pilas desparramadas de troncos verdes, con un aroma que le recuerda a su bosque, pero el sol implacable y el calor que se hace insoportable la obligan a buscar abrigo. Ve cerca un objeto, un lugar sombreado, como recordando la puerta enorme de aquel galpón odiado por la cuál escapó, e introduce su espantosa humanidad, inocente, -como de costumbre-, en el asiento de atrás de un Peugeot rojo.

El parte policial, poco más tarde, explica: *"Qué, dado el lamentable estado de los restos el vehículo, y hasta que no se hayan terminado en su totalidad las pruebas periciales correspondientes, se supone que el occiso perdió el control en la curva al ver por el espejo retrovisor...-cuyos materiales calcinados se encuentran en estudio-,: a un enorme y horrible reptil de origen desconocido..."*

INGE DIETRICH

A Beta Baeza

Inge embarcó en el puerto de Hamburgo, a principios de julio de 1939, en el Cap Arcona, aquel barco que la llevó a la Argentina.

Tenía 21 años, rubia, menuda de cuerpo, de aspecto delicado, bellísima, y había sido educada y domesticada de acuerdo al régimen nacional socialista, en el cuál había sobresalido por sus condiciones naturales e intelectuales.

El, él mismo la había hecho llamar tiempo atrás, y en una entrevista que duró pocos minutos le dijo:

-Inge, has sido elegida para una tarea patriótica y un destino que sólo pocos privilegiados pueden gozar. Nuestra nación y yo, personalmente, esperamos de ti el máximo sacrificio. -Y ella emocionada sólo atinó a contestar:

-Ja, mein Führer, acepto.

En una mansión rodeada de jardines cercana a Berlín, por los cuales paseaba en su breves momentos de descanso, recibió enseñanzas especializadas en radiotelefonía, códigos cifrados e idioma y una extensa información de la cultura, tradición y costumbres de esa remota región a la cual había sido destinada. E instrucciones precisas, órdenes precisas.

-Tu primera y fundamental misión consistirá en conocer al hombre adecuado, que nuestros contactos en Buenos Aires te harán saber. Tienes que utilizar todos tus recursos, Inge, debes casarte con él.

El viaje fué duro, hacía calor, más aún cuando pasaron el trópico hacia el sur, y el rolido del barco le

impedía trabajar en lo que más le gustaba hacer: dibujar. Logró hacer unos diseños que le agradaron del puerto de Salvador, Bahía, en Brasil y luego trabajó intensamente hasta quedar satisfecha en reproducir el rostro de su hermano mayor Otto, ahora capitán de las SS.

Cuando el barcó atracó en el puerto de Buenos Aires distinguió en la dársena, perfectamente, a dos hombres vestidos de oscuro de definidos rasgos teutones que pacientemente aguardaron sus trámites aduaneros y de inmigración, luego la saludaron ceremoniosamente, la subieron a un Mercedes Benz, y la dejaron en un amplio piso apenas amueblado, en un coqueto edificio frente a la Plaza Francia, cercano a la residencia del presidente de la República Argentina, Roberto Mario Ortiz.

Su casamiento, seis meses después, en la Iglesia de Nuestra Señora del Pilar, fué muy sencillo, aunque asistieron a él altas autoridades del gobierno.

Durante su luna de miel, la ciudad de Mar del Plata le resultó demasiado bulliciosa en aquel diciembre de 1939, en el cuál una noche, estando sentada en una mesa de Punto y Banca de su lujoso Casino, interrumpieron las suaves melodías para transmitir con un tono muy serio: "Que a pocos kilómetros de aquí, frente a Montevideo, se había librado una batalla naval muy importante, que el acorazado alemán Graf Spee había sido gravemente dañado por la fuerzas navales inglesas, que su comandante había ordenado su destrucción, que su tripulación estaba a salvo en Buenos Aires, y que el Capitán Hans Langsdorff se había suicidado."

No pudo resistir, le dijo a Jorge que la disculpara, se levantó de esa silla, corrió hacia el toilette, se encerró en un baño y lloró desconsolada, desesperadamente.

Jorge Alsina Agüero, brillante diplomático argentino destacado por su gobierno como interlocutor ante la Embajada del Reino Unido de Gran Bretaña, falleció en plena juventud, de un súbito ataque cardíaco, en febrero de 1945. Jamás imaginó en esos años de felicidad junto a su esposa brasileña Ingenha Gonçalves, el papel ignorado y preponderante que le tocó jugar en la agonía de un pueblo. De varios pueblos.

Inge quedó rota en mil pedazos. Y comprendió lo mucho que había llegado a amar a Jorge a lo largo de esos años tan complicados y difíciles para ella, en los cuales había utilizado a ese hombre de una vil manera. Y por esa razón, había evitado siempre tener un hijo, nunca más se perdonó eso.

Terminada la guerra, continuó viviendo en la Argentina, se dedicó intensamente al dibujo, a la pintura y a la música folclórica, aprendió a querer profundamente a ese país. Murió a los setenta y nueve años, sola, una mañana, -en ese mismo departamento de Plaza Francia-, sumergida y achicharrada en su bañera porque el torpe del encargado del edificio había dejado la caldera encendida durante toda la noche.

CONTRABANDISTAS, LOS DE ANTES

A Piru

Bagayeros, éramos los de antes. Gente seria, conciente del oficio. Trabajábamos con buena mercadería, nada de falopa y porquerías como ahora. Eramos profesionales; si hasta se dijo que cumplíamos una función social.

Si me lo preguntás, después de tantos años en el ambiente te digo que uno conoció a mucha gente, pero bagayero como aquel yo no recuerdo otro. El muchacho era lo que se dice...una sabandija.

Huérfano, vivía con una tía solterona en un departamento del barrio norte que había heredado, y recibía una pensión de sus padres, que al parecer no le alcanzaba ya que gastaba un dineral en ropa y en salir con sus amigos. Estudiaba Arquitectura o algo parecido, ya que siempre estaba diciendo que venía de la Facultad o que tenía que rendir exámenes. Yo lo conocí porque me lo presentó el Tano, quien lo tenía por "un buen pibe".

El hecho es que el tipo, desde hacía un año, estaba firme en el muelle en primera fila a la hora que fuese, con frío o con lluvia, cada vez que nuestro barco regresaba a Puerto Nuevo, y todas las veces se aparecía con pilchas distintas, si hasta una vez se vino con uniforme de cadete y el pelo rapado. Era un artista.

El Tano lo había conocido a bordo, -el Tano era camarero de a bordo-, cuando el tipo había ido una vez a esperar a una familia amiga que volvía de Francia, y yo no sé cómo fue, pero el hecho es que ahí mismo le planteó al Tano:

-¿Querés que te baje algo...?

Y el Tano, confiado como siempre le dió un par de cartones de cigarrillos, un paraguas italiano y un

impermeable inglés que el otro se calzó ahí mismo encima del sobretodo, -era flaquito el tipo-, y quedaron en esperarse en la confitería de la Estación Retiro.

El asunto es que cumplió y le entregó al Tano toda la mercadería. Le contó con detalles, emocionado, cómo había sido toda la operación de su debut como bagayero, hasta la cara que había puesto él en los controles de la prefectura: "ni me miraron, Tano", y el Tano le regaló un par de paquetes de Luckies y le dijo:

-Si querés, venite al barco esta tarde, tengo más cosas. Pero venite después de las siete. Cuando esté oscuro.

De ahí en más, la cosa continuó. Bagayeros en el puerto había montones, pero este era especial; verdaderamente un sinvergüenza con cara de ángel y pinta de niño bien. Una vez, yo me había vuelto loco en Génova y había comprado una caja entera de bombachas de nylon, que se vendían muy bien en Buenos Aires, y al llegar me arrepentí y las quise repartir entre los otros muchachos de la tripulación; me van a dar la cana, pensé, es mucho bulto. Pero el Tano al enterarse de mi intención me dijo:

-No seas sonso, no perdás plata, el pibe te las baja. Ponéle la firma que te las baja.

Y esa fué la vez que se vino de uniforme, el desgraciado. En nuestro camarote se sacó los pantalones y se fue poniendo una bombacha encima de otra, -como treinta se puso-, se sirvió por su cuenta un par de whiskys y luego con un tono displicente me dijo:

-Quedáte tranquilo, a la tarde vengo a buscar más.

El asunto fué, -después nos contó-, que no había tenido problemas en el primer control aduanero que estaba allí mismo frente a la dársena.

-Pero luego,- dijo-, cuando empecé a caminar por el puerto hacia Retiro, creí que estaba perdido, viejo. Los

elásticos de las bombachas se me incrustaron en los muslos y las piernas se me empezaron a dormir, no las sentía. Faltaban como tres cuerdas para la garita de prefectura, y pensé: me van a meter en cana; con este uniforme encima me van a meter en cana. Pensé que no llegaba, que las piernas no me iban a sostener: me imaginé el cuadro de los marineros de la prefectura corriendo para salvar a un cadete que se había desplomado en la calle, y me quise morir...No sé con qué cara pasé la garita, había un Cabo y le mandé un saludo como para un Almirante, el tipo se quedó con la boca abierta ¡y me devolvió el saludo de lo más emocionado!. -Y se reía el cretino.

-El asunto fue que cuando vi a lo lejos la silueta de la estación Retiro, y me di cuenta que el peligro mayor había quedado atrás, me enardecí por llegar, y empecé: un dos, un dos, un dos, tres cuatro, un dos tres cuatro, a paso redoblado, y entonces las piernas me respondieron aunque ya me dolían que se me salían las lágrimas.

-¿Má, cómo hiciste? -Le preguntó el Tano fascinado por el relato.

-Me metí en un baño. En los baños de la estación. Me tuve que subir al inodoro porque me di cuenta que por debajo de la puerta de mierda se me veían los pies que subían y bajaban como locos en la tarea de sacarme los calzones. Y cuando me subí al inodoro me doy con que se me veía la cabeza, pero ya no me importaba nada...ni la gorra me saqué. ¡Así que imagínate la cara de los tipos que pasaban...!

Para esa época, Perón devaluó el peso, el dólar se fue como a doscientos cincuenta, y las cosas se pusieron feas para los muchachos; ya no rendía contrabandear cosas chicas. Así fue que se hizo una reunión con toda la tripulación desde el Comisario para abajo, -el Capitán estaba prendido con el Comisario, pero él y nosotros los

Oficiales "no participabamos" de la cosa-, y se decidió hacer un pozo común para comprar el más grande cargamento de cigarrillos de la historia del barco. El asunto era: primero, dónde estibar los cajones; segundo: cómo traer semejante bagayo, y que la brigada de fondeo de la aduana no nos reventara.

El primer tema lo resolvieron los muchachos de abajo, eran maestros para acomodar las bodegas. El segundo lo resolvió el destino: poco antes de partir, nos informaron que nuestro barco iba a tener el honor de traer a Evita Duarte de Perón, que regresaba de España, desde Pernambuco hasta Buenos Aires. Con semejante noticia, ya tuvimos la seguridad que la gente de la aduana no se iba a encarnizar justamente con nosotros.

El Tano se empecinó en que nuestra mercadería se la iba a encargar al tipo este. Como éramos socios en la partida, traté de convencerlo que no, que a mí no me gustaba.

-Tano, es un pibe. Es muy pibe. -le dije- En este puerto hay cien mil bagayeros con más experiencia que él. Y más seguros. Es mucha guita, tenemos diez cajones...! ¿Y si nos jode? ¿Si nos hace una mejicaneada...?

-Eso le pasa a los giles. El pibe hasta ahora se portó bien. Y cumplió siempre. Además es un artista, un vero artista, se las rebusca siempre, ni la prefectura ni la aduana le sacaron nunca nada. Con él no perdimos nunca ni un par de medias. Y lo arreglamos siempre con dos mangos.

Era inútil discutir con el Tano, en estas cosas se salía siempre con la suya. Y dado por hecho, le escribió desde Dakar avisándole del asunto.

La llegada de nuestro barco al puerto de Buenos Aires fue una fiesta, dada la categoría del personaje que traíamos. Una vez pasada la euforia, y ya en tierra todos los pasajeros, pudimos salir a cubierta y desde la borda lo

vimos al sabandija, recostado contra la rueda enorme de un guinche, vestido de colimba de la Marina y saludándonos con la gorra blanca. Luego, arreglamos con él y con los muchachos de la estiba la operación de la descarga, que se iba a hacer al día siguiente por la noche. El quedó en traer un camión de la Marina, -no nos dijo cómo lo iba a conseguir-, para llevarse los cajones. La verdad es que estuvo puntual. Apareció con un Mack pintado de gris, traía una sonrisa misteriosa. En silencio cargamos la mercadería, y luego que el Tano le indicó la dierección de un galpón en Barracas, arrancó el camión y rápidamente se perdió en el laberinto de las calles del puerto.

Fue la última vez que lo ví. A él, y a los diez cajones.

El Tano quedó grave. Pensé que le habían masacrado su ingenuidad. Me hizo jurar que no le contaríamos de esto a nadie, que entre los dos nos teníamos que comer el sapo, porque sufrir una mejicaneada a esta altura de la profesión era vergonzante. Yo al sinvergüenza lo busqué por todos lados, el Tano ni siquiera tuvo ganas de acompañarme y me dijo de entrada:

-Dejalo, algún día va aparecer...y entonces...¡ñácate! - Se metió el pulgar derecho en la boca y amagó un mordisco: fue su manera de anunciar la vendetta.

Algún tiempo después de eso me despedí de los muchachos, del mar y de las aventuras y me retiré de la Marina Mercante. Ahora, cada tanto me encuentro con un algún viejo camarada y no perdemos la oportunidad de evocar las cosas de esa época. Como hace un par de noches, cuando me encontré casualmente con mi antiguo

Comisario y con ganas de rememorar pasadas hazañas lo invité a tomar unas copas en un boliche de Paseo Colón. Y entre copa y copa, recordando los viejos tiempos, le pregunté por los compañeros.

-El que anda bárbaro es el Tano. -Me dijo con un tono confidencial. Y al ver mi gesto de interés se me arrimó y me preguntó: -¿No lo supiste?. Se paró el Tano. Parece que hizo mucha guita con aquel famoso cargamento de cigarrillos, ¿te acordás?, la reinvertió y se paró. Ahora es un potentado. Y se puso de socio con un pendejo que es una bala. ¡Pero si vos lo conociste!, claro...¿te acordás del niño bien...?

Le hice un gesto ambiguo, como que sí, como que no, y me quedé esperando. Y terminó diciendo:

-El pendejo ese, ahora, es el que le maneja al Tano todo el negocio en el puerto de Rosario... Flor de tipo el pibe.

COSAS DE NUESTRA ABUELA

A Anita Baeza

Vivimos solos, mi hermana mayor y yo, desde que enviudamos ambos y decidimos compartir nuestra soledad en la vieja casa de nuestros padres, que había sido de nuestros abuelos maternos. Como siempre nos hemos llevado muy bien, conversamos la cuestión, pensamos que era lo mejor dada nuestra edad, -nuestros hijos ya grandes e independientes-, y vendimos nuestros respectivos departamentos y aquí estamos. Tanto ella como yo tenemos nuestros propios gustos y manías y las respetamos. Salimos poco, cada cual para su lado, salvo para hacer las compras un par de veces por semana, cuando juntos vamos a nuestro supermercado favorito, y cada cual mete en el carrito lo que le place, ella sus chocolates y galletitas, yo mis anchoas, mi roquefort y mis vinitos. Compartimos el almuerzo y la cena indefectiblemente, y por las noches, la televisión.

Yo tengo mi escritorio en el viejo estudio de nuestro abuelo, y ella el cuarto de costura de nuestra abuela. Ambas habitaciones en exclusividad, es lo único que no compartimos. Hace un par de meses me hizo una pregunta inusual:

-¿Vos me sacaste la tijera que estaba encima de la máquina de coser?

La miré sorprendido: -ella sabe que yo no entro allí...-.Y le contesté con un gesto alzando los hombros y negando con la cabeza. Me comprendió.

Aquello fue el comienzo. Luego fué la llave de mi escritorio, puesta en la cerradura por la parte de adentro desde hace muchísimos años, nunca utilizada por mí. Desapareció. No le dije nada. Luego el sacacorchos,

eternamente en su lugar, en el cajón del mueble de cocina donde guardamos las cucharitas y el abrelatas.

-¿Dónde pusiste el sacacorchos?- le pregunté.

-Yo no lo toqué, está en el lugar de siempre...

Y no le respondí para no discutir, y esa noche renegué abriendo mi botella con un cuchillo. Y durante varias noches más, hasta que decidí comprar otro. Y mas moderno. Y cuando llegué a casa de lo más orondo con mi nuevo artefacto, al ir a guardarlo en el cajón de las cucharitas, encima de todas ellas estaba, reluciente, mi viejo sacacorchos...

A los pocos días, la ví revolviendo ansiosamente en los cajones de la vitrina del comedor:

-¿Qué buscás?- le dije. Se dió vuelta, y con un gesto extraño me contestó:

-Nada, no tiene importancia, estaba... ordenando, nada más.

Ayer salí a comprarme zapatos. Volví a casa, me senté en mi cama y quise calzarmelos de nuevo. Espléndidos. Abajo, en la suela, esos papelitos adhesivos que le ponen en la zapatería. Con la uña los fuí despegando, los hice un bollito y los metí dentro del cenicero metálico que está sobre mi mesita de luz. Escuché claramente, mientras me abrochaba los zapatos, un ruidito como una campanilla, miré, y los dos papelitos estan en el piso, juntitos. ¡Habían saltado afuera!

Anoche no dormí, no pude dormir bien. Me levanté para ir a la cocina dos o tres veces, y escuché que ella hacía lo mismo, percibí las luces del pasillo encendidas, se olvidó, me dije, y las apagué. Pesadillas interminables y esporádicas me agotaron. Los dos nos levantamos tarde, ella estaba radiante.

Mientras me servía el café me dijo:

-¿Te acordás lo que decía la abuela María... de esta casa...?

-Decía tantas cosas...- le contesté. Me miró muy fijo y me pregunto firmemente:

-Decime la verdad: anoche...¿Vos también lo viste...?

Bajé la cabeza y no tuve más remedio que decirle que sí.

-Sí:...igual que cómo nos contaba la abuela María...era muy, pero muy bajito, tenía un gorro colorado, barba blanca terminada en punta, y una sonrisa de lo más divertida...

Nos tomamos de las manos y nos matamos de risa, tiré sin querer el café al piso y la taza no se rompió.

LA CERRILLANA

A Gustavo Alonso

Son las seis de la tarde, y hace un rato que se acaban de ir, como todos los días. Acá en la Puna anochece tarde, tienen tiempo para volver a sus casas. Pongo la pava a calentar sobre el brasero, preparo el mate, busco la bombilla que no sé adonde la dejé; sobre la mesita de afuera pongo mi pequeña radio Sony,-que compré el año pasado en Iquique cuando crucé la frontera a Chile-, la enciendo y comienzan con las noticias. ¿Para qué quiero estas noticias yo? Muevo el dial, y agradablemente escucho música de mis pagos, la dejo allí, son los Nocheros y están cantando La Cerrillana. Y yo los acompaño: -¿Cómo olvidarte, Cerrillos...? ¡Si por tu culpa tengo mujer...!

Miro hacia el camino como lo hago todas las tardes pero no, hoy es martes y hasta el jueves no puedo esperar que venga el Lito con su camión, que es el que me trae las cosas semanalmente. La otra vez lo reté fiero porque se olvidó de traerme las dos cajas de cigarrillos que me puedo permitir para todo el mes. Y sin mis cigarros sufro mucho. Se me ocurre que el sábado o el domingo va a venir el chango López, el agrónomo, para ayudarme con la huerta, que se está poniendo linda, lástima el agua que no viene.

Estos que tengo acá me dan una mano, bastante, pero meter pala para agrandar los pozos cuadrados, taparlos todas las tardes con los plásticos es mucho trabajo, pero no hay más remedio, si no el viento y la helada no me dejan una plantita en pie. Y las manos duelen de palear en el pedregal.

Traigo la pava hirviendo, la asiento sobre la mesa para que se enfríe un poco, y aunque ya es fin de octubre siento el viento helado sobre mis espaldas y vuelvo a la pieza a buscar el poncho, me lo echo sobre los hombros, y al fin me siento a matear y a encender el primer cigarro del día. A esta hora es un placer fumar mirando los solitarios cardones erguidos como guardianes de la patria, los cerros cercanos que se van tiñendo de anaranjado, luego de rojo, y más tarde,- negros ya-, resaltan su perfil contra el cielo estrellado, de azul intenso, cuanto más azul, más frío hace. Hoy no tengo ganas de caminar hasta el cruce de Esquina de Guardia, toda una legua, a ver pasar los camiones que vienen y van entre San Antonio de los Cobres y el pueblo de Cobres, que la mayoría son de amigos que se detienen a charlar un rato, a preguntarme cómo estoy, y siempre me dejan alguna cosa de regalo. Hoy, a pesar de mis veintidos años, mi cuerpo está demasiado cansado, carajo, que es mucho el trabajo que hago, y el que me resta para las nochecitas. Y mateo y pito incansablemente, y me deleito ahora escuchando a Atahualpa, el maestro. Ya deben ser más de las siete, más.

Guardo las cosas, y me meto adentro que está pegando fuerte el viento helado. Le tiro unas tolas a la estufa de leña, dejo la radio encendida, con menos volumen, prendo el farol de gas, y me pongo a trabajar, que bastante tengo que hacer. Cuando termino todo, lentamente como a cucharadas un poco de anchi que tengo preparado desde esta mañana, -no tengo ganas de cocinarme nada-, me saco un poco de ropa, no toda, apago la radio y el farol, me acuesto, me arropo bien, y como casi todas las noches rezo por mi familia y por aquella vieja profesora, querida mía, que me abrazó fuerte, muy fuerte cuando me recibí, y me dijo:

-¡Graciela! ¡Ya sos una Maestra Argentina!

Y me duermo contenta porque mañana: ¡...Vuelven
los chicos...!

SI DIOS QUIERE A Marta Velazquez

No me conviene llegar a vieja, le dijo. El la miró, se sonrió, y le preguntó:

-¿Cómo que no te conviene?, a vieja vas a llegar, si Dios quiere.

-No. No me conviene. Vos, *si Dios quiere*, te vas a morir antes que yo. La ley de la vida. Tenés quince años más que yo. Quién sabe que es lo que cobraré de tu pensión. Además, para esa época también quién sabe si las maestras lograremos cobrar una jubilación. Tal como están las cosas...

El quedó con su sonrisa flotando, dió por terminada la cuestión y continuó leyendo el periódico. Ya conocía sus ocurrencias y no iba a ponerse a discutir justo un domingo, con ese calor, con la promesa de un delicioso almuerzo próximo, que desde la cocina le llegaba el aroma de la yerbabuena, del aceite de oliva, de la cebolla picada finita. Y menos con la ansiada frescura del par de botellas de cerveza que hacía una hora había puesto en la heladera.

Pero esa noche, mientras arreciaba la tormenta estival, so riesgo de destruir el módem de su computadora con tantos rayos que hacían temblar la casa, comenzó a buscar incesantemente por toda la red informática datos de los años '60: fotos, música, modas, películas, política, todo. Se buscó a sí mismo cuando tenía apenas veinte años. Fue guardando todo lo que encontró en un archivo al que denominó "No me conviene".

Y a partir de aquella oportunidad, día tras día fué agregando allí recuerdos, todas sus fotos de esa época, sus escritos, sus poemas, sus viejos apuntes de la universidad. Como nunca lo había hecho, cerró la puerta de ese

archivo con una contraseña: "*Si Dios quiere*". De ahí en adelante, porque se dió cuenta que ella tenía razón, que no convenía llegar a viejo, no leyó más los periódicos, se negó a ver los noticieros de la televisión, se quedó visitando e incrementando ansiosa y obsesivamente ese archivo exclusivo, todo un racconto evocativo de su juventud, y continuó así hasta el día de su muerte.

ESOS OJOS DE SIEMPRE

Le decíamos Negro porque sencillamente no conocíamos su nombre y porque su cabello y sus ojos negrísimos indujeron a cualquiera a llamarlo así desde el primer día, cuando comenzó a trabajar de mozo en aquel bar donde diariamente ejercíamos el ocio. Ahora el Negro no está. Nunca más nadie lo ha visto. Pero parece que a nadie le importa. Creció con nosotros pero son muy pocos los que se están preguntando adónde está y porqué. Mientras estuvo, hacía todo lo que tenía que hacer el pobre. No se metía con nadie y su agradable sonrisa de morocho gritón llenaba el local cuando la andaba repartiendo por las mesas a la par de las tazas de café.

El Negro se fué.

-¿Por qué, ché? ¿Se fué porque probó el café...? -le gritaron con picardía al dueño gallego, oculto tras su sempiterna máquina de exprés. Pero lo hicieron para hacerse los graciosos y no porque se interesaron por el destino del ausente. Porque ya su reemplazante andaba colmando las mesas con los especiales de jamón, los capuchinos y los cortados, y eso era lo que querían todos: Servicio Esmerado. Como rezaba el cartelito desteñado que decoraba una de las paredes del Salón Familias.

Sólo una vez se lo vió al morocho perder la sonrisa. Aquella vez que las puertas vaivén dejaron asomar al hombre bajo y rechoncho, cuyos ojos grises recorrieron el salón de punta a punta hasta reconocer la espalda inclinada del Negro que trajinaba con las tazas de una mesa numerosa. El recién llegado esperó pacientemente aquella ceremonia soportando algunas miradas, y cuando el Negro enfiló hacia el mostrador el

hombre chasqueó los dedos. No lo llamó. Chasqueó los dedos, simplemente. Clac, clac.

Por su actitud, el Negro dio la sensación de haber reconocido el chasquido entre mil. Su sonrisa desapareció bajo la línea tensa de sus labios: se paró en seco y rápidamente, dejando la bandeja repleta sobre el mostrador, fue hacia él casi sin mirarlo. Se los vio cuchichear, gesticular a ambos durante un momento, hasta que el visitante giró sobre sus talones y salió.

Con un gesto de cansancio el Negro volvió a su tarea.

-¿Quién es Negro?, contá, contá..., le gritó un curioso.

-Es mi viejo, fué la respuesta con la cara dada vuelta. Y desde un rincón salió la grosería.

-Y vos... ¿a quién salís Negro...? ¿A Falucho...? Se lo tuvieron que sacar de entre las manos. Entre seis. Un tigre embravecido no hubiera podido hacer más. Y lo sacaron a la calle y se lo llevaron a su casa. Si no, seguro que lo mataba.

La noche que se acercó a mi mesa y me preguntó si se podía sentar conmigo, no me extrañó, ya que nos tratábamos con la confianza que había nacido del respeto mutuo.

-Sentate, ¿no tenés trabajo?

-No, tengo ganas de hablar con vos. -me contestó.

Y de entrada nomás, sin tapujos ni vueltas, me contó su historia. La madrugada me encontró con la cara entre las manos y un gusto amargo en la boca, escuchando su problema.

-No me importa ni me importó nunca que me lo dijeran -me dijo. -¿Vos sabés lo que es escuchar toda la vida: -¿No sé a quién sales?- O... -¿A mí no te pareces en nada...? -Lo que sí me importa es que cuando ellos lo

hablan o discuten y yo escucho sin querer de atrás de la puerta. Toda la vida...desde chico...Cada vez que se pelean, salgo yo a relucir. El viejo no pierde la oportunidad de refregarle eso en la cara: "Porqué tú sabes que este hijo no es mío...arréglatelas con él ya que tú sabrás de donde ha salido...en España ya hubiera arreglado yo esto de otra manera", y cosas por el estilo. Y la vieja no se defiende y se las toma conmigo por ese temor que le tiene, por vergüenza, qué sé yo. No...eso lo pensé hace tiempo; no me adoptaron. Vi la partida de nacimiento, la libreta y hasta una foto de la vieja de aquella época, cuando estaba embarazada, ¿te das cuenta? No me parezco en nada a ellos. Para colmo soy...medio morocho.

-Pero, entonces...¿no entiendo...!

-Entonces, lo que creo es que no soy hijo de ninguno de los dos. Que al nacer me cambiaron por error, o algo así. Y que hay otro hombre por ahí que es el hijo de ellos. Que yo soy hijo de otros....

-Y porqué me contás esto a mí...?

-Porque quiero que vos me ayudés, me tenés que ayudar. Vos podés...

Y yo le dije que sí.

Cuando después de mucho trabajo y unos pesos invertidos en la encargada del registro de la Maternidad volví al bar, dudé de lo que estaba haciendo. Me dije esto es muy serio. Pensá en lo que vas a hacer. Y las mismas palabras se las repetí a él cuando le entregué la fotocopia de la hoja dónde figuraban los nombres de todos los nacidos en aquel lugar, y en aquella fecha.

-¿Ves? acá estoy yo: Andrés Otero. ¿O no soy yo?
? -dijo con una sonrisa que se le borró al agregar:- Quién sabe...

Pidió permiso y recorrió medio país. De los siete varones que habían nacido en la Maternidad Central aquel día, sólo

dos estaban aún aquí en Buenos Aires. El resto vivía en otro lado.

Luego de un tiempo, a su regreso, sin encontrar las palabras adecuadas para explicarme su peregrinación, me contó todo. Pero su calvario me lo imaginé yo. Su mano temblando al tocar un timbre. El señor no está. La semana que viene. Sí, soy yo...¿qué deseaba...? (esos ojos, esa nariz... no). Perdone. Disculpe. Gracias. Siete puertas distintas y una sola angustia. Y la última puerta devolviéndole una imagen, un collage de dos cuerpos, de dos rostros, de infinitos gestos mezclados de dos inmigrantes llegados hace treinta años de la vieja Castilla.

-Pase, ¿primera vez que viene?

-No, sí...mire doctor...yo...

-Sientese, quedese tranquilo, cuénteme que le pasa.

Qué le iba a contar. Una disculpa más. Perdonemé, me equivoqué. Perdone. Y la sonrisa. Esa sonrisa que lo vi perder aquella única vez, cuando el hombre rechoncho de los ojos grises lo vino a buscar. Esa misma sonrisa que iluminó como nunca su rostro morocho cuando le dijo en la puerta de esa misma casa a esa mujer canosa de piel criolla como la tierra:

-Perdone señora, ¿Usted es la madre del doctor, no...?

Y cuando esos ojos de siempre le dijeron que sí, el Negro le regaló el alma:

-La felicito señora. Es un buen tipo el doctor. Dios la bendiga.

NOCTURNO LACUSTRE

A Adrián Eduardo

A pesar de su vejez y del peso que lleva encima, la motocicleta viborea ágilmente por el camino de cornisa del perilago de Cabra Corral. La tarde ya cayendo y llevan prisa, que no sea cosa que se ponga oscuro y tengan que andar eligiendo el lugar de la pesca a tientas. Hay que sacar ramas, correr piedras, preparar el fogón y además enganchar algunas mojaras para carnada, las más que se pueda, porque la noche está especial, cómo dijo el Fabián, que no hay luna.

Entre el camino de cornisa y las orillas del lago se les interpone un pedregal que baja en escarpada pendiente, lleno de churquis, y al que apenas pueden acceder con la moto que al final termina apoyada en un árbol, y comienzan el descenso a los tropezones, cargados como están. El más joven reniega con las cañas de pescar que se le ensartan en las ramas y las bolsas que lleva colgando que se le enganchan con las espinas. El Fabián no suelta, aunque para descender se apoya delicadamente en ella, la damajuana de vino blanco. En la otra mano, y a manera de escudo contra el ramerío, la parrilla para el asado.

-Acá esta bueno, vení, acá es bien hondo. -Dice el Fabián.

-Ché, no hay mucha piedra aquí...?

-Y...piedra hay. Pero es bien hondo y no hay ramas que te enganchen la línea.

-Tás seguro...?

-Yo ya estuve.

Silenciosamente, cada cual por su lado, se ocupan en preparar el campamento y al rato arde el fuego y empiezan a estremecerse en la punta del hilo los

mojarrones, que van a parar a un tarro con agua para mantenerlos vivos.

-Tá linda la noche,¿no...? Parece que se va a quedar quieta, sin viento y caliente.

-Te dije que estaba especial pal dentado... servime un vino. -dice el mayor.

-¿No es temprano pa chupar...?

-Pá chupar nunca es temprano ni tarde. Y yo pongo la carne pá que se haga despacio, que estoy uvita por tirar el gancho.

Cuando la parrilla empieza a humear, la noche está en pleno, y los encuentra alumbrados por el resplandor de un farolito de kerosén que está a sus espaldas, acurrucados en la orilla con la vista clavada en las boyas que bailotean al compás del suave oleaje en la tarea de tentar la voracidad de la tararira con la mojarra que cuelga del filoso anzuelo.

Los rodea la masa oscura de los cerros cercanos, y sobre el silencio del nocturno paisaje, un abrumador coro en contracanto de los sapos de la noche.

-¿Cuánto hace que no salíamos, no...? -dice el más joven.

-Ahá. -contesta a media voz el Fabián.

-Andás medio borrao, Fabián. En el pueblo siempre me preguntan por vos. Hace como un año que te borraste.

-Tengo mucho laburo. Ando cansao.

-Ni en los bailes se te ve. Y vos no te perdías uno ni por casualidá.

-Tengo el taller hasta el techo con fierros atrasados, y no es que no tenga ganas, ¿sabés...?

-Ché...Fabián...decime...a la Beti ¿no la ves...? -la pregunta sale suavemente, el otro hace una pausa antes de contestar.

-No. Hace mucho que no la veo. Dicen que se fué a Buenos Aires.

-Dicen...pero ni la familia sabe adónde está.

-Mirá chango, yo no ando preguntando, así que no sé. ¡Fijáte en tu caña que te la están toquetando...!

Fabián pega el grito, y el otro salta levantando la caña con violencia, la que se arquea como si la punta del hilo estuviese clavada en el agua. Insiste en su esfuerzo y aparece, zapateando salvajemente en la superficie del agua, elpreciado dentado. Lo tienen que sacar entre los dos. Fabián lo ayuda, agarrando el bicho fuertemente, pero se le escurre entre las manos: -¡Pasáme el trapo...! -le pide, y ahora sí, finalmente puede dominar a la pequeña bestia, que mete dentelladas para zafarse del anzuelo hasta que consiguen ensartarlo con un alambre a través de la agalla, y lo cuelgan de una rama.

-No charletíés tanto, y estáte atento, que hemos venío a pescar. -Sentenció Fabián.

Durante la comida, -carne, pan y unos choclos hervidos que llevó el más jóven-, los interrumpió un par de veces el vibrar de las cañas y tuvieron que corretear hasta la orilla, tropezando con las piedras y a las risotadas, para conseguir sacar un par de dentados más que fueron a la sarta.

-Tá linda la pesca, ¿no...? murmura el jóven acomodando el acuyico, una vez que terminada la comida, y damajuana de por medio, se instalan nuevamente en la orilla. Fabián está callado. De vez en cuando, estira la mano hacia el jarro, mete un trago y enciende un nuevo cigarrillo. El coro de sapos ha cesado y el silencio se hace sentir, sólo interrumpido a veces por el ruido de algún vehículo allá arriba en el camino, que preanuncia su llegada cuando sus luces relumbran fantasmagóricamente en las paredes de los cerros.

-Aflojó el pique Fabián, taba más lindo hace un rato.

-Así es chango, cómo la vida, todo afloja a veces, a veces parece que todo era más lindo antes.

-Cómo cuando estaba la Beti en el pueblo, y vos no te perdías un baile...

-Una mujer más, una mujer menos...o un baile más o menos, ya no te hacen mella. -contesta Fabián con la lengua pesada.

-Pero fijate que te presumía a vos, y te hacía renegar, y bien que se divertía con la changada...

-¿Qué sabís vos? ¿eh...,qué sabís...? -le replica Fabián con furia. Hace una pausa, y cambiando el tono, casi susurrando le pregunta -¿Qué sabís chango vos...?...contáme que sabís... -y de un trago vacía el jarro.

-No te enojés viejo. Ni te ofiendás. A ella se la tiraban todos. ¿O vos no lo sabías? -Fabián se da vuelta, lo mira a los ojos y le dice despacio:

-Yo no sabía nada. Hasta que me enteré. Pero ahora no me interesa. Y dejáte de hablar zonceras.

La noche languidece y una leve llovizna comienza a caer. Por un largo rato, tapados hasta la cabeza con unas lonetas, ninguno de los dos se mueve, salvo para voltear la damajuana de vez en cuando. A lo lejos, el graznido de los chumucos anuncia la alborada.

-Chango...

-Qué...

-Vámos.

El más jóven rezonga entre dientes y trata a duras penas de incorporarse. Fabián, a duras penas está parado. Camina unos pasos y tambaleante se dirige a la orilla, llega hasta el borde del agua y empieza a reír, al principio suavemente y luego en un crescendo que retumba y hace eco en los cerros. El más jóven lo mira sin entender.

-¿Así que vos querías saber de la Beti, no...? ¿Y a vos que te importa si vos te diste el gusto...? -Y pasa de la risa a un tono furioso. -Y a vos, y a todos esos, ¿qué les importa? ¿Qué, que se habían creído que yo era opa...? - Se le corta la voz, tambalea y casi sollozando le pregunta:

-Vos te habías creído que yo era opa? Apenas puede hablar, las palabras se le adhieren a los labios.

-Fabián, no te calentés hermano, no te calentés, total ya se fué...- le dice el jóven para tranquilizarlo.

-Claro que se fué. Eso sí que lo sé bien.

-¿Adónde...?

-¿Vos querís,...vos querís saber adónde está? - masculla el Fabián. Y repite: ¿Querís...?

Se agacha y toma una piedra del suelo. Manda su brazo hacia atrás con un impulso que casi lo hace caer. El jóven se tapa la cara en un gesto instintivo y ve que la piedra sale despedida con una fuerza brutal, hace un arco en el aire y cae en el agua justo en el centro de la pequeña bahía, a varios metros de la orilla. Y comenzando de nuevo a reir furiosamente entre hipoes, antes de caer desplomado al suelo, el Fabián le alcanza a decir:

-Ahí. Ahí está. Ahicito mismo. Y si no me creís, preguntáale a los dentudos.

LA CONFESIÓN

-Mire señor juez, ya que se ha venío hasta aquí a preguntarme cosas después de tanto tiempo, le vuá decí la verdá. Usté a la Beti no la conoció. Ni s'imagina como era. Yo era grande, y ella una chinita de appena diesisei año, que venía al tayer y juguetiaba conmigo, no me dejaba laburá, me volvía loco. Y cuando yo le preguntaba ¿querís? a veces me decía que no, y se reía y se iba, y otras veces se quedaba seria y miraba para otro lao y que sí. Y si me decía eso, yo me la yebaba al dique, atardeciendo, y retozabamos la noche entera. Yo l'amaba a la Beti, vea. Y andaba solo, pero no me le animaba pal casorio, ella le presumía a todos los changos del pueblo este de Coronel Moldes. Era bien juguetona y ututa. Hasta que m'enteré, porque me lo contaron, de si no, no me enteraba.

Y una tarde que me dijo que sí, cargué en la rastrojera un diferencial de chevrolé viejo, que estaba tirao en el fondo del tayer, unas cadenas, y me la yevé al lugar de siempre, acá cerca ¿vió?, y a la oriya del agua, me la voltié. Cuando se levantó, le metí un ancazo en el medio e'la frente, quedo tiradita ái mismo. Le até con las cadenas el diferencial en las patas, bien atadas, -era chuncuda la negrita-, y ayí en la barranca, ques bien hondo, empujé el fierro justo hasta la oriyita del agua, y me puse a coquiar y a pitar. Estuve un rato esperando, hasta que reaccionó, y al verse maniada así, empezó a dar de alaridos y le dije cayate carajo, me miró con esa mirada furiosa que tenía, le dije adiós Beti, y le metí una patada al diferencial.

Usté podrá si quiere mandarme a la carcel, yo ya estoy viejo, ya no me importa nada. Pero no creo que pueda, porque l'único que sabe de aquel lugar es el chango

que me acompañó aqueya última vez que salí a pescár, y el se jué pa la capital hace mucho a buscar laburo, -que aquí no hay-, y quién sabe por dónde andará. Y le digo más: yo lo conozco desde que era asinita, d'esta altura: siempre tuvo mala memoria.

¡ADIÓS MAMÁ! **A Victoria Angélica**

Ambas hermanas estaban saliendo del Cementerio Parque de la Paz. Como era su costumbre desde hacía más de un año, visitaban ese lugar cada mes para arreglar la tumba de su madre, para rezar un rato, dejar un par de claveles, -uno rojo, uno blanco-, y luego despedirse con los ojos brillantes.

Tomadas del brazo, en silencio recorrieron el largo camino de lajas de piedra bordeado de flores bajo la sombra de los fresnos, eran tres cuadras hasta la salida.

De pronto, una exhalación que las empujó desde atrás pasó entre ellas, se detuvo algunos pasos más adelante. Un niño como de cinco años que se volvió con su carita sonriente, levantó su brazo en señal de despedida y gritó:

-¡Adiós mamá...!

Heladas, pasmadas, apretaron con fuerza sus brazos, un nudo en sus gargantas viendo como el niño corría a toda velocidad hacia fuera, pasaba la capilla y desaparecía.

Ya en la casa, -la menor había conducido el auto en silencio, la mayor sólo había dicho: ¿Viste esa sonrisa...? que no recibió respuesta-, se dedicaron sin hablar a ordenar cada una su dormitorio, luego la mas chica a lavar la vajilla de anoche, la otra a arreglar el living.

-¿Vamos a comer con papá...?

-Nunca vamos cuando visitamos a mamá...sabés que nos pregunta y se pone peor de lo que está.

Y de nuevo repite:

-¿Vos viste la sonrisa de esa criatura...?

-Sí. Algún día, pudiera ser, me gustaría tenerla... y despedir a mamá así. De la misma manera que ese chico.

-Cómo si estuviera acá...

-Sí, y dejarnos de tristeza, de llantos detrás de la puerta, poder conversar con ella... la única manera de mantenerla viva entre nosotros.

-Es verdad. -Y se queda pensando hasta que en un impromptu le dice a su hermana:

-Arregláte, ponéte un poco de rouge, sacáte esa ropa oscura, yo voy a hacer lo mismo, ¡dale! ¡vamos a comer con papá!, ¡y le pediremos que nos cuente de aquella vez en Bariloche, cuando éramos chicas!

-¡Y le haremos recordar de tu cumpleaños de quince, lo linda que estaba mamá!

-¡Y de la fiesta cuando nos recibimos!

-¡Y le pediremos que vuelva a escribir...!

-¡Que salga con sus amigos!

-¡Y que nos cocine platos ricos los domingos!

-¡Vamos!

Nunca supieron que una hora antes, bajo el sol ardiente, -que en la playa de estacionamiento del Cementerio de la Paz no hay árboles-, con las puertas del auto abiertas para no sofocarse, un hombre impaciente le había pedido a su hijo más pequeño, -que el mayor aburrido se había ido a caminar-, que fuera a buscar a su mamá y le dijera que volviera, que ya era bastante, que no se quedara más allí junto a esa tumba.

-Y decile que si sigue así nosotros nos vamos.

PAUSA

A Viviana Alejandra

Acabo de acordarme de mí. Después de un tiempo de estar entre las cosas, de atender lo ajeno, de ocuparme solamente en mirar hacia fuera, me sorprende observando unas manos ahí adelante, unas manos entrelazadas descansando sobre el escritorio. Es una pausa, una fuga. Y debe ser que ha pasado mucho tiempo desde alguna otra tregua anterior pues no reconocí enseguida a estas queridas manos mías.

No puede ser que deba recordarme a mí mismo, me digo. Mi cara está a diario ante mí en los espejos: ¿acaso no es eso suficiente para que yo me tenga presente? ¿Puedo entonces olvidarme cómo soy...? Corro a mirarme ante el cristal. Mis manos se crispan: ante mí unos ojos tristes, un rostro surcado de arrugas, un gesto alevé en una boca que no reconozco. Menos mal, debo acordarme de mí más seguido, aún estoy a tiempo. Uno puede confundirse. Y suspiro aliviado ya que ese que está ahí adelante no soy yo, no.

ARDIENTE Y PASIONAL

Habían sido casi dos años los que él vivió pendiente y casi exclusivamente pensando en el momento de llegar a la casa de ella como todas las tardes, y luego de la ceremonia de saludar a toda su familia, retirarse juntos a la salita para trabajar con los papeles que traían de la empresa.

Fueron muchos los días en los que su fulgurante ardor y la terminante negativa de ella se balancearon perfectamente hasta el punto de acostumbrarse a que lo dejara llegar desde su boca hasta su escote, hasta su cintura, pero nada más. Y ella lo buscaba, y luego conducía el juego del gato y el ratón de la manera más sutil. Cien veces le había pedido, -al llegar a un punto del trance en que sus sentidos se exasperaban-, que se fueran de ahí para concretar su deseo. Pero graciosamente ella movía la cabeza y le contestaba que no. Que algún día.

Y el uso de la costumbre hizo que él mismo detuviera sus ímpetus en el momento y en el lugar adecuado; terminó por hacerlo un reflejo condicionado. Y también terminó con sus insinuaciones. Pero no salió indemne, un oscuro resentimiento lo perseguía cuando por las noches tiraba su dinero y su juventud a la basura.

Luego de un tiempo, comenzó a alejarse de ella y de aquel juego siniestro que lo trastornaba; llegó el momento en que dejó de ir a su casa, la evitó por las mañanas en el trabajo, se negó a sus llamados telefónicos. Y esa indiferencia que le costó trabajo aparentar, hizo que ella reaccionara con un cambio total en su actitud; lo paró un día en un pasillo y lo sorprendió: -La gente de Contaduría está pensando en un picnic para el día de la

primavera. Si querés...vos y yo...podemos pasar ese día en cualquier otro lado...-Y se quedó mirándolo fijamente un momento y agregó: -El veintiuno de setiembre...-Y no esperó siquiera a que él le contestara.

Su sentimiento no fué de absoluto entusiasmo, de satisfacción total por el fin de aquella conquista. No. Unicamente se sumergió en sus fantasías reprimidas a lo largo de esos dos años. Y quedó en la espera de ese día. Son esos lapsos en los que se detiene la vida. Le habían dicho: dentro de un mes, el día tal, y fué tanta su ansiedad y su interés por eso que estaba deseando, que durante ese tiempo el resto de las cosas ya no tuvieron importancia, no le prestó atención a nada, y permaneció sólo para llegar a ese día, dentro de un mes. Y no era que contaba los días que faltaban, no. No miraba el almanaque ni el reloj. Dormía todo lo que podía, postergaba todo lo que podía postergar, cumplía con sus obligaciones esenciales pero el resto de las cosas comunes las fué aplazando "hasta fines de setiembre". Se hizo a la idea que recién a partir de aquel día una nueva vida iba a comenzar; esta que tenía ya no le servía para nada.

Y fue para esa época que su padre se puso mal, lo internaron, y en esa confusión de idas y venidas por los pasillos del sanatorio le pidieron la autorización para operarlo, y luego vinieron todas esas noches interminables, y al fin todo eso que había evitado en sus pensamientos, la imagen que inconscientemente siempre había rechazado: el cajón, las flores...encima de lo único que le quedaba en este mundo.

Cuando días después pudo reaccionar, su primer gesto fué el de mirar al almanaque, y cayó en cuenta que sólo faltaba una semana para la cita.

Un par de días antes pidió permiso en la empresa, ni ganas tenía de trabajar. Fué cuando lo llamaron del

sanatorio donde murió su padre. Que fuera urgente, que el director quería hablar con él.

Sintió un golpe en el pecho cuando el director le dijo, en forma muy calma y seria, que se habían transapelado los resultados de los análisis que le habían hecho cuando le sacaron sangre para las transfusiones de su papá. Y que luego se dieron cuenta. Que ellos lo sentían mucho, pero que se veían en la obligación de informarle que habían detectado que era portador del virus del Sida...que con mucho gusto lo iban a controlar, si era que lo deseaba.

Quedó unos minutos en silencio, pensando un rato, y escuchó como a lejos que le decían:

-¿Está de acuerdo...?- Y entonces reaccionó y dijo: sí, que sí, que después del veintiuno de setiembre estaba dispuesto a todo.

INDALECIO, TUYUTÍ

Pareciera que su destino había sido el andar metido en los todos los bravos entreveros de sus pagos. Indalecio Perez había nacido en la Bajada del Paraná, pueblo de la provincia de Entre Ríos que mucho tiempo atrás, a fines de 1810, había entregado al entonces Jefe de la Expedición al Paraguay Don Manuel Belgrano todos sus hombres y su ayuda, y que muchos años después, en la época que Indalecio sufría los horrores de una guerra sin cuartel, el mismo General Mitre, su General, escribiría acerca de su abuela Gregoria Perez: "Así eran las mujeres de aquella época", refiriéndose al sacrificio de aquella rica mujer, que había puesto todos sus bienes, y a dos de sus hijos, a disposición de Belgrano. Y por aquella razón en 1865, Indalecio no era un hacendado, era sólo un pobre peón; toda su prenda un par de tordillos, su rancho, su mujer y tres gurises.

Cuando salió aquel llamado del gobierno para reclutar gente, después que los paraguayos cruzaron nuestro territorio para guerrear contra los paisanos de la Banda oriental, y se firmó, de acuerdo a lo que decía aquella proclama, un tratado con el Brasil y el Uruguay declarando la guerra al Paraguay, Indalecio se dijo: "*pá qué estamos los entrerrianos*", y se enroló al ejército.

Todo esto me lo contó él cuando era bastante viejo, y yo muy chico, en 1906. Yo salía de la escuela por las tardes, enderezaba a veces por el camino del Palmar hacia su rancho hondeando torcazas, y él ya estaba sentado, con la pierna de palo apoyada sobre un cajón, pitando un chala. Y me veía venir, y se alegraba, levantaba su brazo y me gritaba:

-¡Vení, vení, gurí, cebáme unos amargos...!

Y me contaba cosas lindas, -era un narrador incansable-, mientras yo le alcanzaba su inmenso mate, que yo sabía cebar a la entrerriana, echaba el agua justito en un borde para que no se mojara la otra mitad y él mateaba y pitaba aquellos chalas que tenía guardados en una caja de lata y que los hacía él mismo.

-¿Te conté de Mitre? Era güenaso el Jefe. Era educao. Dispués se puso una imprenta, dicen, escrevía bien. ¿Te conté lo de mi agüela Gregoria, no? - Y yo asentía con la cabeza, me lo había contado cien veces. Cómo lo de la muerte de Dominguito Sarmiento, en Curupaytí.

Sus crenchas canosas, alguna vez se me ocurrió, no eran de la vejez, eran de soledad. La mujer se le había ido con los hijos chicos, no volvió más. Y él se las arreglaba con la pensión del gobierno, pocos patacones que le arribaban los del correo, de vez en cuando.

-¡Pero no te conté de los pasaos! -dijo entusiasmado- Verdad que yo no lo recordaba, se dió cuenta al ver mis ojos atentos.

-Jué en el entrevero mas sangriento y más grande todos. Entre medio de esteros y palmares. Nosotros éramos muchísimos, incontables ché. Estuvimos cuatro días seguidos cruzando el Paraná por el paso de la Patria, como le dicen ahora. En lanchones, chalanas, balsas, botes, lo que viniera ché. Y tábamos tranquilos porque llegamos a los esteros paraguayos y encontramos sus posiciones abandonadas, todo tirao, se habían ido al ver semejante indiada que se le venía en contra. Pero nos equivocamos ché, en el estero Bellaco se nos tiraron encima como yaguaretés, y los paramos haciendo la pata ancha y avanzamos a duras penas hasta Tuyutí. Y ahí se armó una carnicería: nunca he visto tanta gente, tanta,

matandose todo un día hasta que se hizo de noche, y se retiraron los paraguayos dejando cantidades de heridos y muertos desparramaos, incontables chamigo. Y nosotros también recogimos unos cuantos nuestros...

-¿Pero y los pasados...? ¿Como me dijo usted? ¿Quiénes eran...?

-Los pasaos. -Se quedó pensando- El Jefe Mitre era un zorro. Yo estaba de corneta, calladito y duro cerca dél, montado en mi tordillo, esperando alguna orden. A la tarde de ese día, los paraguayos nos metían cuetes a la congréve y balas por todos lados, y de pronto, a lo lejos, vimos venir un regimiento de caballería enemiga, al tranco, desorganizaos, acercándose a nosotros. Los nuestros empezaron a clamorar:

-¡Son pasados, son pasados, no les tiren...!

Y los cuadros de la infantería acallaron sus armas, esperando.

El Jefe Mitre, -yo estaba junto a él-, llamó a uno de sus ayudantes y en voz baja le dió una orden que ni yo escuché. Y se quedó mirando al frente con esos largavistas que tenía. De pronto sonó un clarín y los jinetes, estando ya cerca de nuestras posiciones, se lanzaron, como en una arrancada cuadrera, contra las bayonetas de nuestros cuadros, se les veía relumbrar el brillo de los sables y las puntas de sus lanzas, que las traían arrastrando. Una descarga hecha a quemarropa los detuvo un poco, pero volvieron a la carga con un empuje increíble, a lo macho. Hasta que sonó el cañón por uno de los flancos, y más cañones del mismo lao. Y meta metralla. Era la batería liviana del Comandante Maldones, enmascarada por un palmar, que cumpliendo la orden de Mitre, ametralló a aquellos valientes y detuvo la carga de infantería que venía al trote por detrás. Los destruimos ché. Jué una masacre.

Y más tarde Mitre, conmovido, se volvió hacia los oficiales que estaban silenciosos detrás de él, y les dijo con toda su serenidad:

-Sepan señores que: ¡Los Paraguayos no se pasan nunca! ¡Nunca! ¡No lo olviden jamás...!

Yo seguí volviendo, de vez en cuando, al rancho del Indalecio por mucho tiempo.

BREVE HISTORIA DE UN MOLUSCO

A Daniel Botti

Nos llaman Berberechos. Nos pusieron este nombre unos árabes que hace muchísimos años vivían en las costas de Sicilia, hasta que un día llegaron los legionarios romanos, degustaron alegremente a mis remotos antepasados y, como buenos italianos que eran, diseñaron con ellos un plato reconocidísimo hasta la fecha: los Vermicellis a la vóngole.

Más tarde, ignoro cuándo y quienes, nos agregaron unos apellidos de lo más elegantes: *Cardium Edule*, y tenemos primos con apellidos más rimbombantes aún: los *Dinocardium Robustus*, con los cuales no nos vemos desde hace mucho tiempo, no nos llevamos muy bien y tenemos otras costumbres.

Yo, personalmente, soy el berberecho Juan. Confieso contrito, que cargo con una culpa que no lograré quitarme por el resto de mis días.

Yo vivía plácidamente junto al resto de mi enorme familia ocupando un lugar muy grande de la costa del mar argentino, más abajo del golfo de San Matías, desde Neuquén hacia el sur, hasta la punta de Ushuaia. Y digo plácidamente porque nuestros peores enemigos, los pescadores, poco nos molestaban, se dedicaban a perseguir a otras presas más fáciles de obtener. Y por otra parte, nuestros otros primos de la costa de Galicia eran más codiciados.

Un día, entretenido, tontamente me perdí. Me alejé de mis congéneres, y cansado de buscarlos, exhausto ya, me dejé llevar por la corriente antártica, hacia el norte. Fueron varios días de viaje durante los cuales pisé varias playas inhóspitas, de aguas más cálidas. Hasta que al fin llegué, revolcado por despiadadas olas a una playa de una

hermosa ciudad, de grandes edificios rodeados de un verde intenso, con flores y bullicio. Parecía una ciudad feliz.

Y entonces sucedió. El me vió. El, y nadie más. Caminaba solitario por esa playa con los pantalones arremangados, con la vista clavada en el lugar exacto donde el mar dejaba su resaca. Ensimismado. Era un muchacho joven, como de veinte años. Fuí para él una visión fugaz, pero lo marcó para toda la vida. Desde entonces vive obsesionado diciéndole a todo el mundo, discutiendo obcecado, apasionado, afirmando que en Mar del Plata hay berberechos. Algunos piensan que está loco. No, no es así. El dice la verdad. La culpa fué mía.

BENITO

Señores, les agradezco mucho que me permitan hacer uso de la palabra en esta oportunidad, y también de otorgarme la indulgencia de poder repetir cosas que la mayoría de ustedes conoce muy bien. Como saben, he estado escribiendo acerca de él la mayor parte de estos últimos ochenta años, y con eso me he ganado la vida. No ha habido editorial, periódico o revista que no haya recurrido a mí en cada intento de rescatar su verdad, la realidad profunda de esta fantástica personalidad que cambió la vida y la historia de la humanidad hace hoy exactamente ciento veinticinco años. Y en este aniversario vuelvo al tema, necesariamente. Recuerdo muy bien a mi amigo cuando joven aún, discurría conmigo en aquellas primitivas disquisiciones filosóficas sobre la enfermedad, la vida y la muerte. Y juntos estudiábamos medicina, y lo hacíamos apasionadamente, con un fervor casi religioso. Y discutíamos acerca de los hermosos destinos del hombre. Luego, ya médicos, nos encontramos envueltos en el vértigo de la miseria, del dolor, -no ya el metafísico de nuestros delirios-, sino el de la mugre olida y palpada, la lucha por ganarse la vida y el cruel conocimiento de nuestras limitaciones. Los médicos aquellos éramos distintos. De acuerdo, claro está, con aquella distinta humanidad.

Benito se desvió muy pronto. No soportó la lucha. Lo dije y lo repito ahora. Lo suyo fue una desviación, aunque ustedes no estén de acuerdo conmigo. El fundamentalmente pretendió buscar el lado material de la cosa, lo impulsó su conveniencia, se dejó llevar por una mezquina vanidad; no es cómo creen aquellos que no conocen la verdad, quienes ensalzan su altruísmo. Si él

llegó a lo que llegó, fué por eso, por interés mezquino y nada más.

Permítanme. No desconozco que se preocupó, que se sacrificó, que no dejó materia médica, filosófica o teológica sin observar, que recurrió para sus fines al ascetismo, a la meditación trascendental y a todo estudio útil para su proyecto. Pero fue guiado por un bajo interés humano. Cómo el de todos nosotros durante todo este tiempo...

No puedo olvidar sus palabras cuando comenzó aquello. En realidad mucho antes. Habíamos estado trabajando intensamente esa semana. La Clínica donde estábamos empleados era un hervidero de pacientes. Teníamos la sala de espera llena y apenas unos pocos minutos para un café y un cigarrillo, aquellos vicios de esa época. Recuerdo que en uno de esos escasos momentos logré bajar al salón de descanso y allí lo encontré, abstraído. En broma le pregunté si ya estaba neurótico y me contestó que sí. Que estaba harto, que lo único que lograbábamos nosotros era equilibrar, dar un poco de aliento, nada más que una mano para que los enfermos siguieran adelante y otras cosas por el estilo. Cosas que por otra parte recién ahora, -lo reconozco-, comprendo perfectamente.

Por supuesto me asombré. Y traté de convencerlo, de demostrarle que nuestro deber tenía límites, que nuestras posibilidades chocaban contra otros designios muy superiores; en fin, fue inútil. Y entonces le pregunté qué pretendía.

-Lo que yo pretendo, mi estimado amigo, es tenerla mano santa, ¿sabés? -Y dejó pendientes sus palabras en un silencio que me hizo dudar de su cordura. Y continuó:

-Yo daría mi alma por tener el poder absoluto, abso-lu-to, de curar con solo tocar con mis manos.

-Sería una maravilla- le dije con sorna- , -pero: ¿Podrías soportar ser Dios...?

-Yo no quiero ser Dios. Yo quisiera poder curar así, definitivamente, y cobrar por eso. Y darme la gran vida.

Y se fue dejándome con la palabra en la boca, mejor dicho con asco en la boca. Esta, señores, es la pura verdad. Después de aquella conversación no volvió a tocar ese alucinante tema. Pero a veces me sonreía malignamente cuando nos cruzábamos en algún pasillo.

Un año después sucedió. El hecho de que yo haya sido su primer caso, respondió en parte al aprecio que siempre tuvo por mí y creo, también a la intención de sobornarme, para que nunca hablara. Vino ese día y sin saludarme me dijo:

-Vengo a hacerte un regalo. Porque a vos te voy a regalar esto, a nadie más. Se me acercó y puso su mano derecha sobre mi hombro, sólo un segundo. Sentí un frío terrible. Luego se alejó sonriendo y me dijo:

-Quedate tranquilo. Adiós.

Sería innecesario reiterar lo que todo el mundo sabe: la incredulidad, la confusión que se desató, la airada crítica de las sociedades médicas, los juicios por curanderismo que no hicieron más que demostrar su maravillosa condición. Y la cuestión tomó un giro que era de prever. Y que él no había calculado, era lo único que no había calculado. Una vez demostrado fehacientemente su increíble poder, recordarán ustedes que el estado recurrió inmediatamente a través de un plesbicitito popular que fue contundente, a la medida extraordinaria de hacer una excepción en nuestra constitución, y lo incautó como bien de la República. Y también recordarán que se paralizó el país durante un largo tiempo, hasta que todos los habitantes terminaron de pasar por sus manos.

Les traigo también a la memoria el endeudamiento del estado por el empréstito solicitado para abonar la indemnización a los centenares de miles de trabajadores de la salud que quedaron sin medios de subsistencia, lo cual provocó la negociación con el Fondo Monetario, y con la Sociedad de las Naciones, ente que al final requisó a Benito. Y sabrán también que no faltó el latinista que le adjudicó ese nombre por lo de Beneficus Mundi, ya que él se llamaba Francisco.

Si ustedes me permiten, les recuerdo también que ya hace ciento veinte años de su instalación, preso es la palabra, en la Ciudad de la Salud. Y que rodeado de guardias y vigilancia informática tiempo después enloquecido intentó escapar, pobre Francisco, quiso escapar del mundo. Y se planteó entonces el problema de su salud. Y un grupo de elegidos, permanentemente dedicado a la investigación y a su cuidado, hizo posible mantenerlo con vida hasta hora. Enormes e inimaginables esfuerzos científicos se han hecho, adelantos médico quirúrgicos fantásticos, que no se hubieran logrado nunca si no hubiera sido por la necesidad imperiosa de mantenerlo con vida.

Disculpen la digresión: al principio yo lo visitaba frecuentemente y charlabamos cuando su tiempo se lo permitía, acerca de cualquier cosa, y hábilmente él eludía el tema. Le resultaba muy molesto conversar mientras la cinta transportadora de personas, cada dos segundos, una por metro, circulaba por su habitáculo. Cuando decidieron liberarlo de sus emociones con láser cerebral, dejé de verlo. Preferí no verlo nunca más. Y no lo hice hasta ahora, cuando cambié de opinión al enterarme que los ingenieros médicos lo iban a introducir en la Burbuja Hermética Definitiva. Volví. Pudimos mantener una breve conversación carente de interés actual, ya que su trabajo lo

realizaba ahora a través de un mecanismo táctil electrónico, y luego, con alegría reconocí en él, cómo en una regresión temporal, a mi querido amigo de la juventud, y como si nada nos rodeara, pudimos hablar de la enfermedad, de la vida y de la muerte igual que en aquel lejano entonces.

Y ahí fue cuando lo decidí. Me llevó tiempo, no fue fácil. Pero al fin pude descubrir que con esa estúpida tarjeta electrónica del tren aéreo, iba a poder alterar el sistema de la computadora maestra en una sola fracción de segundo, la necesaria fracción para que Francisco dejara tranquilamente este mundo.

Lo hice únicamente por él. Y ahora pueden cumplir con la ley. Estoy listo.

IGUAL QUE SIEMPRE

A Mario E. Benedetti

Otra vez la noche. La proximidad de la noche que él comenzaba a percibir en el mismo momento en que dejaba de percibir a los demás, o sea a la salida de la oficina.

Aunque aún faltaban unas horas, el presentir del lecho, de las sábanas húmedas, del cielorraso que le repetiría incansablemente el reflejo de los letreros luminosos de la calle; el presentimiento de esas cuatro paredes que le retumbarían sólo para él el ruido de la vida de los demás en la calle, lo sobrecogía.

Su padre le había dicho hacía mucho tiempo: "Los hombres sólo somos la opinión que los demás tienen de nosotros, preocúpate de que siempre piensen bien de vos"

Y tanto tiempo hacía ya, que aquel recuerdo era lo poco que guardaba de él. Y había sido aquel consejo concienzudamente logrado y perfeccionado a base de reflexión.

Y en aquel tiempo, trabajaba en la calle San Martín, en una compañía agrícola, y era su primer empleo desde que abandona los estudios de contador.

-Perdón señor. Los dividendos del ejercicio anterior permiten predecir el actual. Un aumento de los salarios incidiría muy poco en los costos y...sería justo. Estamos pagando poco a los peones y...

-Escúcheme bien Ibañez. ¿Estamos dice?...mire, nadie lo autorizó a meter las narices en esto. O es usted una especie de esos...¡socialistas...!

-No señor...yo...está bien señor.

Luego, en su casa, rumiaría su rabia en el silencio de la mesa familiar.

-No comés.

-Pero sí, mamá.

-Viejo, decile que coma.

-¿Querés que le diga que coma? ¡Ahora que más falta hace que no coma...!

-¡Usted no me dijo eso antes, papá...!

-No te lo dije antes porque no hacía falta. Antes yo tenía laburo y ventajas. Y a mi me gustaba el laburo. Ahora no.

-¿Ahora no qué?

-Ahora, hijo, no tengo más laburo. Ni ventajas. Mirá Esteban: los hombres somos nada más que la opinión, lo que piensan los demás de nosotros. No te rebelés. No te metás. Preocupate de que piensen bien de vos, nada más.

-¿Y su trabajo? ¿Y el frigorífico? ¿Y todo lo que le prometieron?

-Y...qué querés. No se puede chillar.

El colectivo iba lleno a esa hora. La manija del asiento en el que se apoyaba le ofrecía, como todos los días, el pié para sus pensamientos.

-Hoy sí que la hiciste buena. Qué necesidad tenías de decirle al gerente de ventas que aumentara los vendedores en el norte. No sabés callarte. Ya tendrías que haber aprendido a cerrar esta estúpida boca de viejo. Porque de la malasangre que te hacés ya estás más que viejo. Si no se dan cuenta que revienten. Vos sabés que no podés hablar. Y ahora gratis vas a pagar el pato por meterte con ventas. Buenos días señor Javier buenos días señor Varela sí señor cómo usted diga y nada más. Si tenés una buena imagen y te faltan nada más que...seis años para la jubilación. Nunca te metiste y ahora...

-¡Liniers...!!!

Cuatro cuerdas de íntimo silencio, con el paquetito caliente bajo el brazo, una porción de gratificación que compraba a veces al bajar del colectivo y que luego masticaba despaciosamente en la cocina. Un vaso de vino. O dos a veces, cuando el temor a la noche que se avecinaba se lo sugería. O cuando la impaciencia de haberse vencido a sí mismo, como hoy, lo dominaba. Después los platos, el informativo de las once, la ducha rápida y a la cama.

-Se van a embromar. Es la última vez que digo algo. La última. Claro que a veces te dan la razón: tenía razón señor Ibañez. Y es lo único que te dan... Otra vez las luces. ¿Cuándo se apagarán esos letreros? Hoy viernes... a las tres. Las luces malas del centro. Eso. Y las luces hacen que te recuerde, Felisa. ¿Cuánto hace...? Siempre me decías que yo soñaba demasiado... También... soñamos tantas cosas con vos... Pero qué se va a hacer si no se puede, si no te dejan, si cada vez que querés algo te lo quitan. ¿Adónde irán esos sueños...? ¿Los tuyos, los de los otros, los de todos...? Cuántas cosas quedarán por hacer, o por decir, o por escribir... Y no te dejan.

Otra vez la noche. Un diálogo circular multiplicado por el insomnio tenaz y la prensa de cuatro paredes oprimiendo un pecho en infinito acto de contricción. Se incorpora, se pone unas zapatillas y sobre los hombros una robe de toalla. Un cigarrillo languidece luego, cómo él, sentado junto a la ventana.

-Esta noche no me quedo. No aguanto más.

Caminó con pasos tranquilos, regocijándose de todo lo que veía. Vidrieras increíbles, restaurantes tumultuosos, oscuras bocas con marquesinas desde donde un invisible rufián le ofrecía la mercadería de esa noche a cincuenta pesos la copa. Con cierta alegría reconoció su

absoluta ignorancia de la ciudad nocturna. Recorrió las calles hasta que sintió cansancio, y decidió que era suficiente. Pensó que como los perros, se había sacudido, y sacado la soledad de encima.

-Linda hora para viajar. No tenés que hacer cola y nadie te empuja. La ciudad parece otra. Cómo un pueblo. Cómo San José: tranquilo. Me gustaría verlo de nuevo...

Dudó un momento, desechando la idea. La tentación era grande, pero desconfiaba de su libertad. Luego, de a poquito, como arrancan los trenes, enfiló hacia la estación. Llegó jadeando, el sobretodo desabrochado, floja la corbata y transpirando. Se acercó a la primera boletería que encontró abierta.

-¿Hay tren para San José...?

-Debe haber. Pregunte en aquella ventanilla de enfrente. En la siete.

-¿Hay tren para San José...? ¿A qué hora? ¿A qué hora llega...?

-A las siete cuarenta y cinco. Si tiene suerte.

-¿Por qué?

-Y...¿No sabe que hay lío hoy...? ¿Va a viajar, sí o no?

-Sí, sí, deme uno...¿Pero que lío?

-Vamos viejo...¿No sabe que hay huelga general hoy...?, de ocho a veinte. Bueno, qué desea, ida o...

-Ida. Ida sola.

Las tres, las cuatro. Sentado en un banco de la plataforma observa como "su" tren entra a la estación, chirriando los frenos y con perfección termina descansando al fin a pocos metros del parachoques. Los pocos pasajeros que bajan, adormilados, en pocos minutos dejan nuevamente el andén vacío.

-Está sucio. Quien sabe cuánto hace que no lo lavan. Ahí adentro se debe estar calentito, pero mejor

espero, total un rato más...San José. Ni lo vas a conocer. También...hace veintisiete años. Sí. Veintisiete. Damos una vuelta, comemos en algún boliche y a la tarde...pero ¿Y si no hay trenes...?

Arrepentido, se encamina hacia la salida. A mitad del camino se detiene, rígido. La vibrante pitada de un tren que parte desde otro andén, lo estremece. Lentamente gira la cabeza, mirándolo salir hasta que las luces de cola desaparecen en la curva. Vuelve sobre sus pasos, y a la carrera, se trepa a su vagón.

Su tren, entró en San José a las siete y cuarenta y cinco en punto.

Esa ciudad no era la que recordaba. La larga calle de tierra que llevaba de la estación al centro se había transformado con el correr de los años en una moderna avenida enmarcada por edificios de más de diez pisos. Y todo así. Aunque lo esperaba, se turbó ante la destrucción total de su recuerdo. Paseó por una ciudad indiferente, destrenzando de su memoria el pasado lejano, hasta que una punzada de hambre lo hizo volver a la realidad. Estaba todo cerrado, por lo que le costó trabajo encontrar una pequeña cafetería con las cortinas metálicas a medio alzar.

-¿Atienden?

-Sí, pase. Mientras todo siga tranquilo yo voy a atender. No se puede estar sin trabajar todo el día, ¿sabe? Como estan las cosas...¿Qué se va a servir...?

-Un completo. ¿Hay muchos problemas aquí?

-Usted no es de acá, ¿no?...Y mire, muchos no, solamente los muchachos del frigorífico. Con ellos la cosa está que arde. Incumplimientos de convenios, despidos, y esas cosas, ¿sabe? Hace algunos meses quisieron hacer una movilización ante la planta, pero fue la policía con el

camión ese del agua...y se terminó. Rompieron unas cuantas vidrieras en el centro y se fueron a dormir.

-El frigorífico...

-Sí sí, el frigorífico. ¿Lo conoce?

-No. No lo conozco. Primera vez que vengo aquí.

-Tome. Sirvasé. El dulce de leche es de primera. Si quiere más...permiso, voy a atender.

-Otra vez el frigorífico. Donde el viejo dejó la salud, y lo dejaron en la calle como a un perro. Realmente es rico este dulce. Voy a tener que pedir más.

A la salida de la ciudad, en el empalme con la ruta provincial, la planta del frigorífico San José se destacaba por la imponente de su edificación y por el olor inconfundible que empapaba los alrededores. Esa mañana desde temprano, corrillos de obreros silenciosos deambulaban por las proximidades del portón de entrada del establecimiento. Por la ruta, iba y venía un patrullero policial sin detenerse. El se encontró ahí, sin saber muy bien porqué. Con las manos en los bolsillos del sobretodo, en actitud indiferente como queriendo no demostrar nada, desembocó de repente ante el gran portón, en medio de aquellos rostros graves, extraños, que lo observaban.

-Ya te decía. Para qué viniste. Si al viejo no lo vas a volver a encontrar aquí. Seguro que va a haber lío.

-¡Compañeros!...¡Acá hay un chivo!

-¡No es de acá! ¡No es de los nuestros!

El gran vacío, la tremenda frialdad del miedo, la sensación del encierro en soledad se repetía ahora y aquí, sin que sus cuatro paredes lo protegieran. Tuvo deseos de correr, pero se vió rodeado.

-¡Seguro que es un alcahuete...!

-¡No lo dejen ir...!

-Quedáte quieto. Vos no te vas.

Se aflojó en los brazos que lo sujetaban. Pensó en la muerte tantas veces pensada. Y pensó en su padre. *No te metás. No chillés. No te rebelés.* Y un grito y unas palabras que nunca habían sido de él se le subieron a la boca. Y una fuerza que nunca tuvo lo desprendió de aquellos brazos.

-Soltáme, soltáme...¡Sueltenmé! Yo...¡Yo no soy un alcahuate! ¡Yo no vine acá más que para recordar a mi viejo...!

-¡Está loco...!

-¿A quién se lo vas a contar...?

-Dejenlo hablar.

-Dejenlo.

Y el silencio le dió valor.

-Entiendanlo. Mi viejo trabajó acá. Hace muchos años. Yo no lo vengo a buscar a él sino que vengo a encontrarme...con su cobardía. Lo echaron. Lo echaron porque no quiso levantar la cabeza. Se dejó pisotear, como nos dejamos pisotear todos cuando tenemos miedo. ¡Pero el miedo se acaba como se acaban todas las cosas buenas y las cosas malas! Y cuando se acaba el miedo nos sentimos más hombres.

Lo había soltado suavemente, apartándose un poco para escucharlo. Supo, íntimamente, que era su oportunidad. Que ahora lo iban a escuchar. Y gritó.

-¿Y ahora ustedes qué van a hacer? ¿Van a volver mañana para salvar el puesto? ¿Para defender un jornal que se tragan ellos? ¿Les van a seguir el juego? ¿Y van a seguir con la vergüenza de aguantar todo con tal de no arriesgar aunque sea...la vida? ¡Alguna vez hay que ponerse los pantalones y hacer las cosas en serio para que entiendan que tenemos derechos...!

Gritaba como un poseído y recalcaba cada frase con su puño cerrado, que bajaba como un martinete.

-¿Van a seguir aquí dando vueltas como fantasmas con las manos en el bolsillo...? ¡Para que ellos entiendan hay que tomar la fábrica, hay que cerrarla...Hay que cerrarla...!

-¡Muy bien!

-¡Tiene razón el viejo...!

Y terminó:

-¡Para que ellos entiendan, la única manera de que los escuchen, que el gobierno se interese, no es rompiendo vidrios... ¡Tienen que paralizar el fri-go-rí-fi-co...!

Un frenesí. Un delirio. Un alud humano volcándose contra el portón de la fábrica. Y un griterío que apagó sus últimas palabras: -¡Ahora o nunca!

Lunes por la mañana. Recostado en la butaca de su escritorio, los brazos cruzados, la mirada perdida a través de la ventana en las azoteas vecinas que comienzan a teñirse de rojo, se sobresalta al oír la voz.

-Buenos días, Ibañez.

-.....

-¿Qué le pasa Ibañez? ¿Está dormido?

-No señor, buenos días señor. Estaba pensando.

-Preparem el informe de costos. Todo para las doce. Y que me suban el café. ¿Ibañez?

-¿Sí señor...?

-Lo veo distinto hoy. Podría decir... rozagante.

-No es nada señor. Estoy... igual que siempre.

CUENTO PARA NAVIDAD

Adentro del rancho está oscuro. La claridad que va invadiendo los cerros todavía no se filtra por la ventana chiquita. Yo no duermo. No puedo dormir. Don Guantay se revuelve, respira hondo y se levanta. Se calza las alpargatas y sale así nomás, sin ponerse nada encima. Afuera debe hacer mucho frío porque lo escucho decir: - Chuuuy caracho-, y además escucho un chorrear larguísimo ahí mismo delante de la puerta, y esto siempre lo hace más lejos. Entra, se calza los pantalones, la camisa gruesa y el saco de barracán. La sacude a la mujer: -Juana, ché-, y le saca el pellón del burro que le cubre los pies. De abajo del catre retira un cabestro y se va, seguramente al rastrojo. Juana da una vuelta y otra vuelta hasta que consigue estirarse en todo el catre, todo para ella sola, por un instante. Se sienta, y ahí sentada se viste despacio.

Ya está amaneciendo, y me pongo a despertar a los changos, primero a la Silvina, y luego al Ramón y al Quique, como todos los días. Se quedan mirando un rato al techado y enseguida empiezan a jaranear y a darse patadas bajo las mantas y a reirse. Son buenos changuitos. No dan mucho trabajo.

-Vámos hijita...! ¡A ordeñar la cabra! Vámos vámos- Juana está ajetreando afuera con la masa del bollo y con el rescoldo del horno de barro.

-Que viene el Guantay y quiere el mate cocido, ya sabís cómo es. Vámos vámos.

-¡Ramón...! Vaya a buscar el burro negro y ensilleló hijito que llegan tarde.

-Sí mama. Y el Ramón sale como una exhalación; le encanta el pollino negro, es nuevito y mañero y tiene un lindo trote. Don Guantay no se los deja andar nunca, pero si la mama lo ordena, así ái ser. Se preparan enseguida, y

antes de que la Silvina llegue con el tacho de leche, ellos ya están preparados. Beben su leche con bollos y salimos. Los acompaño.

Hasta la escuela tardamos siempre una hora, más o menos. Pero con este negro trotiador seguro que hoy menos. Lindo trote, lindo y parejo. Hoy le toca llevar las riendas al Quique, y lo hace con un poco de miedo, y para más que el Ramón, de lo más divertido con el andar del animal, le hinca y le hinca los talones en las verijas, la cuesta grande la sube sin resollar. Llegamos enseguida al senderito de la bajada y les digo que aflojen. Desde aquí vemos la escuela alla abajo, con el mástil pelado; todavía no han izado la bandera, así que vamos bien.

-Pará Ramón..., ¡deja e'joder!, ¡No ves que no conoce...!- Grita el Quique. Pero Ramón muerto de risa sigue azuzando al burro.

-¡Pará, ti'dicho...!

El Negro pisó mal, se espantó de un cuís, iba muy embalado, no lo sé; yo me descuidé. Rodó hacia el costado, hacia el pedregal. Da un par de tumbos y quiere afirmarse pero las piedras están muy flojas y se queda quieto. El Quique está al lado mío. Ramón rodando allá abajo, Dios mío...Ramón. Su caída se detiene, está tirado boca abajo, y quiere levantarse.

-¡No te muevás...! Le grito yo y no me oye. El Quique llora, no lo puedo consolar.

-¡Ramón, Ramito...no te muevás...!- le grita él ahora.

-¡Vos andá buscar al tata! -le digo- : ¡Corré!

Y el chango sale corriendo y sube y trepa como un cabrito. Cuando más tarde llega don Guantay, yo ya había conseguido, no sé cómo, hacer subir al burro hasta el sendero, y ahora estaba ayudando al Ramón, resbalando

despacito por el pedregal, a bajar hasta el lecho del río seco. El chango está golpeado, pálido y asustado.

-¡Ramooooooooón...!-. Se escucha al padre gritar. - Quedáte ahí que ya bajo...! Desde acá se lo ve, cómo un puntito, cómo una hormiguita, cuando retoma la cuesta y desaparece tras del cerro. Al rato, los vemos venir por el arroyo seco.

-Hijito...¿Qué les ha pasao...?

-No ha sido nada..., tata. La culpa es mía,... no ha sido el burro-. Quiere caminar, pero se desploma, blanco como un papel, en brazos de su padre.

Nos lleva más de una hora llegar hasta el pueblo, con el changuito inconsciente, cruzado en la falda de Guantay, que le mete pata enloquecido. Nosotros por atrás. Apenas llegamos lo revisa el viejo doctor Zelaya, y nos mira ceñudo:

-No me gusta. El hígado, ¿sabés? Hay que llevarlo a la ciudad, Guantay, hay que operarlo...

-¿Operar? ¿al Ramón? ¡Si nunca tuvo nada!

-Hay que llevarlo Guantay-, trato de hacérselo entender. Lo dice el doctor Zelaya... comprendaló.

-No, operar no...-¿Pero sí..?

-Nada Guantay, si no lo operan se muere. Lo dice el viejo Zelaya.

-Mejor hablar por la radio que manden el avión sanitario, dice el doctor. Al mediodía estamos ya planeando sobre la ciudad. Ramón respira muy agitado y transpira helado. El padre le frota los brazos con desesperación.

-Hijito, aguante hijito. Aguantá Ramón. Aterrizamos. Una ambulancia nos espera y salimos hechando diablos hacia el hospital. Apenas llegamos, se llevan al chico en una camilla. Por suerte, puedo quedarme

cerca de la sala de operaciones y ver algo, y escuchar algo. Ojalá pudiera ayudarlos.

-Lo vas a abrir ya...?, dice uno - No podemos esperar. Hay que cerrar la canilla. Si el viejo Zelaya lo mandó con diagnóstico de rotura de hígado, ponéle la firma. Es un viejo zorro. Así que empecemos cuánto antes.

No entiendo nada de lo que hablan, de tijeras, de ligaduras, de presión arterial, sólo que uno dice :

-¡Qué barbaridad! ¡Fijensé, no sé cómo llegó vivo...!

Salgo para hablar con Guantay. No dice nada, es una máscara de roca oscura. De vez en cuando seca unos lagrimones con el revés de su manga. Es inútil, lo dejo sólo y otra vez me acerco para escuchar:

-Bueno, ya estamos terminando, ¿Cómo está la presión?

-Todo perfecto, ya se recuperó: ¿Qué te parece...?- Y dice uno:

-¡Y...me parece que este changuito debe tener un ángel de la guarda más gordo que un barril...!

Se ríen todos. La risa descarga la tensión. Yo también me río. La alegría me brota por los cuatro costados, porque de vez en cuando, muy de vez en cuando, alguien se acuerda de mí y me nombra. Aún cuando diga la verdad, que estoy más gordo que un tonel...

MIS PERROS

A José Norberto

Creo que alguna vez te conté que yo tuve una granja, desde 1988 hasta 1999, año en que la vendí, acuciado por problemas económicos.

Bien, esa granja estaba cerca de nuestra casa, pero en pleno campo, tenía más de una hectárea y media, cercada con una empalizada con alambre común y ni portón tenía... Frente a la entrada de la granja corría una canal muy grande para distribución del agua para riego de las fincas aledañas, productoras de tabaco.

El hecho es que por los años '90 dos de mis hijos me propusieron criar conejos y codornices y acepté, bastante entusiasmado. Luego, años más tarde, paralizamos todo por una recesión en las ventas, falta de pagos y demás, y abandonamos.

Por aquel entonces con los chicos comenzamos a construir instalaciones, hicimos galpones, jaulas, y empezamos con los primeros lotes de conejos y codornices que habíamos comprado en el sur. Y conseguimos unos perritos de la zona, dos machos criollos mestizos y una hembra, y luego José apareció con otra hembra, Doberman pura. Fuimos avanzando y creciendo, los chicos hacían su negocio y yo los ayudaba en todo. Llegábamos a la granja a media mañana, hacíamos todo lo que había que hacer, y a la tardecita volvíamos a nuestra casa. Todo aquello, la granja, los conejos, las codornices, las instalaciones, quedaban allí solitas...con los perros. Los domingos no íbamos nunca, ya que habíamos diseñado sistemas de cañerías de agua para las jaulas de los conejos y codornices, y previamente los sábados les llenábamos sus tolvas de comida abundantemente.

Siempre me acuerdo de aquellos perros, no recuerdo haber conocido animales más felices que esos. Cuando estábamos llegando, corrían como flechas a saludarnos como un kilómetro antes; escuchaban el ruido de mi auto, o el de la motocicleta de mis hijos, y se largaban. Luego empezaban a saltarnos encima del vehículo, a lamernos la cara los bestias, y llegábamos y encontrábamos el costado del canal lleno de porquerías que ellos sacaban de allí, se arrojaban al agua fuese invierno o verano y jugaban y atrapaban todo lo que el agua llevaba, trapos, botellas, cajas de vino, lo que fuera. Y yo renegaba pues tenía que limpiar el camino todos los días.

Tenían comida abundante, ya que llegamos en un momento a tener casi quinientos conejos, y los jueves faenábamos sistemáticamente, y guardábamos todas las tripas y etcéteras en el refrigerador, y luego ellos se encargaban de aquello...Les hicimos cuatro casitas de ladrillos, con madera en el piso, bolsas de arpillera, todo un lujo...pero nunca pudimos saber adónde dormían. Las bolsas de arpillera permanecían limpiatas, intactas.

La soledad de aquella granja... Cuando eran chiquitos los perros, que no te los presenté, perdón: María Fernanda, Diana, Bandido y El Oso, penábamos por su soledad ya que temíamos que nos robaran. Cuando crecieron, se adueñaron de ella, era **suya**. Era **su** territorio. Si se arribaba alguien de a pié a cien metros de **su** propiedad, allí se largaban los cuatro y se le plantaban al intruso que quedaba paralizado y alelado ante los colmillos fieros de María Fernanda, la Doberman, el cuerpazo del Bandido, la mirada torva del Oso, y los agudos e incesantes ladridos de Diana. Y si nosotros no estábamos, tenía aquel infeliz que emprender cautelosa retirada...caminando hacia atrás. Si llegaba algún vehículo

extraño, o el camión que nos traía quincenalmente las bolsas de alimento para los animales, se le arrojaban encima como fieras, le saltaban encima del capot, y los pobres visitantes tenían que permanecer adentro, con las ventanillas cerradas, ¡ya que María Fernanda se les quería meter adentro a meterles el diente...! Y los otros tres adelante del vehículo plantados como leones. A los bocinazos los aterrados conductores, teníamos que ir alguno de nosotros que estábamos en cualquier lado, en el fondo de la chacra o en el corral, o adónde fuese, y con solo arrimarnos y decir ¡basta! ya cesaban en el acto.

Cada uno de ellos tenía sus costumbres y particularidades. El Bandido se especializó en atrapar conejos sueltos. Cada vez que comprobábamos que algún conejo se había escapado, o algún gazapo se había caído de su jaula y andaba perdido entre los matorrales, -era frecuente-, atábamos a los otros tres y llamábamos a este perro grandote, de color marrón claro y cabeza cuadrada, -bien criollo era-, y él ya sabía para qué lo llamábamos. Y comenzaba a rastrear, al galope, dando círculos alrededor del lote de las conejeras. A veces se desconcertaba, y se metía debajo de las filas de jaulas, apoyadas sobre altas patas de cemento, y continuaba la búsqueda por allí. E invariablemente los encontraba. Vos sabés cómo corren los conejos, y para más perseguidos: en zigzag. Y a los saltos. Pero El Bandido les ganaba en velocidad y de pronto, se les plantaba adelante. No los tocaba, se quedaba mirándolos fijamente, estiraba su enorme corpachón sobre el suelo, y se quedaba así, como una estatua, hasta que nosotros percibíamos que ya había encontrado a su presa, que aterrada, se dejaba alzar tranquilamente. Con decirte que una vez estuvo así, delante de una coneja como quince minutos, hasta que nos avispamos por dónde andaba. Adrián decía que el Bandido era hipnotizador...

El Oso, -le decíamos así por su tupido pelaje gris-, después de un tiempo nos dimos cuenta en qué se especializaba. Llegamos una mañana y lo encontramos echado atrás del galpón, su cara y su cabeza tremendamente hinchadas, la lengua afuera amoratada, en estado deplorable. Fuímos corriendo a consultar a un veterinario amigo, y nos dijo qué no se imaginaba qué le sucedía a nuestro perro, nos dio unas inyecciones de esas, corticoides antiinflamatorias, y nos indicó que le inyectáramos una por día. Sufrimos mucho esa tarde al dejarlo así, ni agua le pudimos dar. Como a los dos días, ya el Oso se levantó, -lo habíamos acomodado bien en una cucha-, y pudo tomar agua apenas con la punta de su lengua. Y a la semana, sano y salvo. Y fue cuando caímos en cuenta; encontré en el potrero del fondo, atrás del galpón, los restos de una enorme yarará hecha pedazos, su cabeza destrozada a mordiscones. Y a partir de aquel hecho, -el perro habrá quedado inmunizado, no sé-, cada tanto el Oso se nos caía alegremente, con un víbora inerte colgando de su boca.

Diana era la más pequeña, pero la jefa del grupo. Y era la que con su oído agudísimo percibía los más lejanos sonidos extraños y comenzaba a ladrar sin parar. Y ahí se iniciaba el coro o el ataque. Tuvo un par de crías, igual que María Fernanda, irreconocibles si del Bandido o del Oso, que regalamos a vecinos agradecidos por el obsequio. Ya nuestros perros tenían fama en las vecindades...

María Fernanda en cambio respondía a sus ancestros germánicos, había nacido para atacar al enemigo. Era mimosa y juguetona con nosotros, alguna vez le dí un par de lonjazos que toleró pacientemente, pero no soportó nunca la invasión de su territorio, era terrible.

Cómo los extraño ahora. Tanto, sin saber donde están. Mis hijos, cuando acabamos con la cría de conejos y cerramos aquella granja, regalaron a Diana y al Oso a algunos amigos de la zona. María Fernanda, creo, fue a parar a una finca del Chaco. El Bandido quedó únicamente un día solo, y desapareció para siempre. Todo esto los chicos lo hicieron secretamente para no hacerme sufrir. Y poco me comentaron.

Recuerdo una noche, que se me ocurrió regresar a la granja, -primera vez que lo hacía-, a hacer la guardia pues sospechaba que algo estaba pasando, nos habían faltado varios conejos. Dejé mi auto mucho antes, en el camino, llevaba en la mano izquierda mi linterna apagada, y en la derecha mi pistola Browning. Caminé sigilosamente en la oscuridad total, pasé agachándome por un alambrado del costado, y fue un instante, un solo instante y ya estuvieron encima mío, no me reconocieron. Tengo aún el recuerdo en mi pierna derecha, -creo que fue Diana, que si hubieran sido los otros...-. Y cuando les grité asustado ¡soy yo!, se pusieron a llorar desconsoladamente. Aullaban, -vos sabés cómo aullan los perros-, que los tuve que acariciar y tranquilizar para calmar su profunda pena. Luego se nos pasó el susto, nos sentamos al borde del canal, despaciosamente bebí una botellita de vino que tenía guardada, y nos quedamos los cinco toda la noche juntos, de guardia, charlando.

TEN PACIENCIA

Espera, espera, que ya sucederá. Yo, que he visto el paso del tiempo muchos años más que tú, recuerdo aún las primeras imágenes televisivas en nuestro país, fijate. Y para qué contarte de mi asombro cuando, a los cinco años, me llevaron por primera vez a un cine; creo que era Blanca Nieves y Los Siete Enanitos aquella película que ví, que me mantuvo callado más de una hora, -lo cual es mucho decir, yo era muy parlanchín-, absorbo en aquella pantalla inmensa, a todo color, y...¡los enanos hablaban!

Ten paciencia, que no es mucha la que le puedo pedir a tus extremadamente juveniles años, hija mía. Ten paciencia, sigue adelante, no cuentes los días, ni las semanas, ni los años que pueden faltar aún para concretar nuestro sueño.

Leí el último guión que me enviaste. Me pareció fantástico. Pero creo que el final de la historia lo has hecho muy abrupto, muy repentino, demasiado fugaz. Si quieres mi opinión, deberías llegar al mismo final, pero más lentamente, con más detalles. Piensa en imágenes, que ya las habrás dibujado. Son tres o cuatro cuadros, nada más. Y considero que ese final merece algunos más. Recuerda lo que te dije y te enseñé, cuando estuviste acá, por estos lugares, ese poco tiempo.

Por acá como siempre, imaginando absurdos, escribiendo, añorando mi patria, con mi soledad, mis libros, mis paseos matinales cuando el trabajo me lo permite, mis tragos por las noches sentado a la mesa de mi pequeñísimo patio, mirando las estrellas, ya que está haciendo mucho calor. Odio esas noches porque sé que estás durmiendo ya, que pocas horas te faltan para que salgas corriendo al trabajo, que no puedo escribirte o hablarte en ese momento. Es demasiado tarde.

Y sabes que espero ansiosamente la tarde, que se me hace interminable la llegada de la tarde, para escribirte o hablar contigo cuando podemos.

Cuéntame más de ti. No te preocupes por mí, que si te digo y te insisto que estoy bien, es la verdad. Y ten paciencia, te lo pido, que ya llegará el momento, -ya que el destino no lo permite de otra manera-, en que tú y yo, tú en Sevilla, y yo aquí, anclado en Nueva Jersey, podamos gozar de nuestro extraño amor en presencia palpable, plenamente, intensamente, a través del Internet.

REGALO

A Silvia

Recuerdo perfectamente la noche que se lo dije. Fue una frase expresada con ganas reprimidas, largamente deseada. Fue todo lo que siempre tuve para decirle. Innumerables noches habían pasado entre los dos, los codos en alguna mesa grasienta, hablando sin cesar, escuchándonos atentamente hasta llegar al momento en que el "no" de alguno de los dos percutiera la conversación. Y ambas admiraciones, la del uno por el otro, se dejaban de lado entonces para demostrar tal o cuál punto de vista con toda la pasión que merecían nuestras edades.

Porque yo le llevaba más de veinte años. Y mis cuarenta y tantos calendarios, tan usados como deben estarlo cuando uno los cree bien vividos, chocaban contra la pureza de sus veinte, contra el vigor de sus creencias, contra el ardor de sus despertares, y más aún, contra la soberbia de su radiante juventud.

Y yo me atormentaba porque a su edad había sido igual, había tenido que entregar muchas cosas y conseguir muchas otras que nunca había deseado para llegar a ser lo que era. Por eso le dije aquello, y se lo dije con un tono poco convincente, no fuera cosa que intuyera mi tremenda envidia:

-Daría mis ojos por tener tu juventud.

Y con una carcajada subrayó su respuesta:

-¿Viste cómo me das la razón? ¿Qué a veces pensás como un jovato?

Y luego terminó diciendo:

-Si eso es todo lo que necesitás, te la regalo...

De aquello no hace mucho tiempo. Meses, quizás un año, el correr de los días ya no merece mi atención. Desde entonces no la vi más.

Después del accidente me entregué al Braille porque quise seguir viviendo y, encerrado en mi escritorio, recibo a muy pocos que son todos los que quieren visitarme. Escucho atónito cuando alguien me comenta que por ahí la ven pasar, canosa y arrugada, hablando de inmoralidad, de mesura y de prudencia y del miedo a la muerte, de equilibrio y de medida y de todas esas idioteces que se les pone en la cabeza a la gente cuando llega a sentirse vieja.

XIMENA

A la memoria de Jimena Hernandez

Hace muchos años, en el legendario país de Ishkandar, en un suburbio de una bellísima ciudad palaciega, comenzó la historia de Ximena. Fue cuando ella descubrió, a los siete años, que amaba la presencia de Kmar. Que con el simple roce de sus manos en las suyas podían terminar todas las tristezas y comenzar todos los sueños. Y se acostumbró a vagar con él, prendida de su mano, robando buñuelos a los mercaderes, correteando entre las callejuelas y como niños que eran terminaban riendo hasta que el cansancio los vencía.

Y así crecieron juntos hasta que un día, niños aún, debieron separarse ya que los padres de Ximena decidieron que ella ingresara al Templo de las Sacerdotisas de los Tres Mundos, y así se hizo. La niña tardó en acostumbrarse a ese lugar de órdenes, reglas y preceptos a pesar de gozar en el templo de una paz que en su hogar no había conocido.

Kmar, por su parte, extrañaba a Ximena y ansiaba volver a verla, por lo que andaba elucubrando la manera de entrar al lugar sin ser visto. No tardó en enterarse que cada tanto, ese hermético reducto, cuando realizaban festejos, abría sus puertas a visitantes y familiares de las niñas y así pudo al fin, confundiéndose entre lo numeroso de la concurrencia, conseguir de tanto en tanto ver a Ximena, tocar sus manos y a veces poder deslizarse juntos a través de los amplios corredores, y en alguno de los innumerables recovecos del templo juntarse a reír y a soñar como antes. Esto no pasó desapercibido para algunas compañeras de la niña, y, aunque ignoraban al extraño, bromeaban con ella y hacían correr infundios sobre su conducta. Kmar pasaba sus días pensando en

Ximena y sus noches comenzaron a llenarse de ardorosas visiones. Faltaban pocas lunas para que cumpliera sus catorce años y el bozo que comenzaba a asomarle sobre sus labios y mejillas lo hacía sentirse un extraño cuando se miraba en los espejos. Pasó algún tiempo sin poder verla hasta que una tarde, escuchó alborozado cuando unos mendigos comentaban que de una corte cercana vendrían novicias de otros templos a visitar a las sacerdotisas de lo Tres Mundos y harían una gran fiesta. Desde allí hasta entonces, Kmar no tuvo noches.

Aquel día, retozaban multitudes de jóvenes en los jardines y en las fuentes, y eran tantas, que se confundían entre las distintas congregaciones por lo que Ximena fue enviada a buscar su túnica rosada para así distinguirse de las visitas. Ya se iniciaban los juegos del agua y ella se apuró para no perder su puesto. Sus habitaciones estaban cerradas, por lo que recorrió los solitarios pasillos en busca del ama de llaves, hasta que en un recodo se dio sorpresivamente con Kmar, que la miraba sonriente. Como su sorpresa, grande fue su alegría. Y olvidando la prisa que llevaba se dejó conducir de la mano, casi corriendo, hasta detenerse en la penumbra de un rincón. Ximena miró a Kmar y lo percibió distinto. Cuando él se le acercó y la abrazó apoyándola suavemente contra el muro, ella comprendió que algo había cambiado. Kmar no hablaba. Callado, perdida la mirada, la acariciaba de una manera distinta y ella no podía entender, no sabía lo que estaba haciendo, pero lo dejó porque no le temía, y lo amaba. Quedaron así un buen rato hasta que Kmar, confundido y con la respiración entrecortada, aflojó su largo abrazo y se apartó, dejándole entre su cuerpo y sus ropas la húmeda ofrenda de su recién nacida juventud.

-Vete, debo regresar, es tarde- Le dijo Ximena. Y él, como aturdido, desaparece.

Ximena corre comprendiendo que los juegos del agua deben haber terminado ya, y temerosa de los seguros reproches acelera, y su diminuto cuerpo pasa como una exhalación entre la algarabía de la multitud. Casi sin aliento llega hasta la gran alberca y se sumerge en sus profundidades. Prácticamente nadie la ha visto. En el fondo del estanque, presa de una incomprensible sensación de vergüenza, como ocultándose, aguanta la respiración y permanece acariciando el fondo con sus manos. Hasta que, súbitamente, el espanto. Un breve instante de un suave relajar, y el indescriptible no saber de la llegada de la muerte.

Ante el cuerpito exánime de la niña, rodeada del dolor de muchos, el Gran Visir con santa indiganción ordena a sus jueces, a sus consejeros, a sus médicos: quiere la cabeza del culpable. Vinieron los prudentes, los sabios, los necios y los impuros, (ningún enamorado de ardiente corazón). Y sin que nadie al fin lo reconociera, Ximena fue juzgada, vejada y agraviada en nombre de una supuesta y evidente verdad. No hubo culpables. Y el tiempo cubrió la cabeza de los hombres.

En el año 990 de la Hégira, en un leprosario de las montañas del Este, el mendigo Kmar entrega su alma al Eterno; antes de morir, para ahuyentar de su espíritu al demonio y no sin antes jurar que sus manos nunca más habían tocado mujer alguna, confiesa a la Misionera Dalila su presunto pecado de violación. Y su eterno amor por Ximena. Pocos días después, y antes de caer en un sopor fatal, la misma Misionera Dalila, postrada ante el Sultán, relata su horrible y simple historia: su memoria está intacta, su visión tan clara como cuando era una robusta novicia de dieciocho años, y compulsada por la perfidia, la incompresión, el prejuicio y la ira, en un acto bestial, se arrojó a las profundidades de un estanque para golpearla,

para taparle la boca, para darle una lección a aquella muchachita indecente.

MALA FAMA LA DEL VIEJO

A Eduardo de Sojo III

El jeep avanzaba despacio, bamboleándose suavemente por lo poceado de la senda. Iban con la capota baja, atentos al monte que los flanqueaba porque recién había amanecido y ya se les habían cruzado varios conejos y una corzuela, y ni les dieron tiempo para reaccionar.

-Todavía esta muy cargado el monte, -dijo Humberto que manejaba-, les dije que había que venir después de la helada, está muy tupido, no se ve nada a los costados.

-Entonces ¿qué hacemos?, ¿le metemos para llegar al puesto o vamos cazando?- preguntó con impaciencia Carlos, eternamente malhumorado.

El Viejo, -cómo le decían- que iba atrás con Gustavo, su sobrino medio dormido, le palmeó el hombro a Carlos y le dijo para tranquilizarlo:

-Vamos cazando, ustedes avisenme cuando salga algo y yo le meto bala. Vayan despacio.

Cuando tres horas más tarde llegaron al puesto, adentro de la bolsa ya llevaban seis conejos y una charata, que el Viejo logró voltear con un tiro de más de setenta metros, mejor dicho como con una docena de tiros, ya que la mira telescópica de su rifle estaba fuera de punto, y entre tiro y tiro le daba para atrás y para adelante a los tornillos de regulación y no había caso. Y la charata seguía ahí, impávida, mientras el Viejo renegaba y a la vez se reía, y Carlos lo apostrofaba con los epítetos más increíbles de su colección. Cosa de chicos. Carlos trataba a su hermano mayor como a un chico.

-Dale a la derecha y abajo.

Pum. Y el tiro le salía a la izquierda y arriba, y el Viejo más se reía y él, más furioso aún le decía: - ¡pasáme ese rifle que te voy a enseñar a tirar!

Y como era el único rifle que llevaban, y el bicho estaba fuera del alcance de su escopeta, más se enardecía. Al final el Viejo la acertó. Y el hecho fue que continuaron peleando y discutiendo hasta llegar al rancho de Don Servando, y si no hubiera sido por los conejitos que consiguieron cazar luego de detenerse varias veces y espinarse persiguiéndolos por el monte, la discusión se hubiera hecho interminable.

El Puesto, tal como se denominaba ese paraje, estaba metido en lo más profundo del Chaco Salteño, justo en el límite con la provincia del Chaco. Los únicos habitantes en kilómetros a la redonda eran Don Servando, su mujer, un par de hijos grandes y una hija casada. Gente humilde, muy agradable y hospitalaria.

Apenas llegaron y les avisaron que se iban a quedar un par de días y que no se preocuparan por ellos ya que habían llevado de todo para comer y la carpa grande para dormir, Servando y su familia prestamente dispusieron donde instalarlos, y encendieron un gran fuego para que hicieran su asado. La parrilla le llamó la atención al Viejo, era interesante. Un tambor de hierro petiso, en el fondo las brasas y sobre ellas la parrilla redonda, -pá que moleste el viento, ¿sábe don?- le dijo la hija de Servando. Y como el Viejo estaba interesado en esa parrilla, los otros le encargaron el asado, y tuvo que componérselas para no arrebatar la carne, ya que adentro del tambor era un infierno de calor. Convidaron a toda la familia, y estos quedaron encantados con la invitación. Servando tenía unos perros flacos que merodeaban a su alrededor mientras comían, pero sin acercarse a la mesa que estaba bajo los árboles altos, tupidos. Una gran mesa de gruesos

tablones asentados sobre rollos de troncos, trabajada rústicamente, al igual que una prensa con un gran tornillo de madera dura, que estaba a pocos pasos de ella. La curiosidad del Viejo por ese artefacto le hizo conocer que "era para prensar los quesos". Quedó maravillado.

-Antes tenías más perros, Servando, -le dijo Gustavo.

-Uh...muchos teníamos...- contestó el mayor de los hijos- Pero me los matan los pumas. En cada entrevero perdemos dos o tres.

-¿Y no probaste de tener dogos...? -le dijo Carlos. Y ahí nomás, ante la ignorancia de esa gente en el tema de los dogos argentinos, comenzó una clase a cargo de Carlos, dándoselas de gran conocedor de razas caninas.

-¿Y no me va a poder conseguir algunito, don Carlos? -le dijo Servando.

Y Carlos lo miró a su hermano mayor, el que con una sonrisa pícara, levantando las cejas, le hizo un gesto cómo diciéndole:-...ahora te la aguantás...

Por la tarde descansaron y al atardecer salieron al monte, ahí nomás, acompañados por los hijos de Servando, en busca de unas vizcachas. Les fue bastante bien, a pesar de que había luna y no fueron muchas las que salieron, pero aún así quedaron satisfechos y decidieron regresar a dormir.

En pleno mayo, la noche en ese lugar estaba caliente de manera que se quedaron charlando, comiendo algo, tomando vino. Cuando se fueron a acostar, el Viejo en un gesto habitual, en plena oscuridad se sacó la prótesis dental, la enjuagó en una palangana que estaba ahí afuera y arrojó el agua allí mismo.

-¿Qué estás haciendo, viejo maniático? -salió la voz de Carlos de adentro de la carpa.

-Me lavo las manos, siempre me lavo las manos antes de acostarme. -Y recibió una réplica que los hizo reír a todos.

El amanecer fue grandioso. Un coro multitudinario despertó al Viejo, que se revolvió en la bolsa de dormir, y se levantó despacio para no molestar a los otros. Afuera, el aire fresco y puro de la mañana lo revitalizó. Y se quedó escuchando, sentado en un banquito, a toda la fauna cantante del monte que estaba estrenado el día. Como a setenta metros de la carpa, vio a Servando que estaba sentado mateando bajo el alero de su rancho, que levanta una mano para saludarlo y él hace lo mismo, sonriéndole. Y cayó en cuenta de que estaba desdentado. Sigilosamente, se puso en la tarea de higienizar sus dientes postizos, y como escuchó que adentro su hermano ya estaba despierto y molestando a los otros, se va atrás de la carpa, y con disimulo se puso de espaldas a empolverar las prótesis con el polvito adherente. Y ahí nomás se las metió en la boca.

De pronto, por encima del bucólico coro, se elevó un espantoso rugido, un alarido animal ahí mismo a sus espaldas, que lo dejó helado un instante. Y entonces reconoció el sonido. Era la voz de Carlos.

-Pe...pe...pero que hacés ¡hijo de pu..! ¡Dáme eso! ¿Qué estás haciendo, viejo... ¿desde cuándo?

-¿Qué te pasa...? -le dijo confundido. -Y siguió la gritería salvaje.

-¡Te estás pichicateando viejo...! ¡Y a la mañana...! ¡Dáme eso que te mato...! - Y se le fue encima.

El animal, grandote, se le tiró encima decidido, así que el Viejo retrocedió y optó por arrojarle a las manos el frasquito de plástico, puso distancia y esperó. No sabía si reírse o meterle un palo por la cabeza. Cómo un búfalo furioso, Carlos se metió adentro de la carpa.

-¿Adónde miercoles están mis anteojos?- gritaba. Luego salió, se calzó las gafas, leyó atentamente el rótulo del envase, se echó una pizca de polvo en la yema del dedo y lo probó y se le pegoteó el dedo y la lengua.

El viejo se dijo: esta es la mía.

-¡Así que vos creíste, pedazo de animal! ¡Cómo te imaginás...! ¡Ni se te ocurra...! - Y su hermano menor comienza a disculparse. A su manera.

-Vámos, Pepe. Vos sabés que vos tenés las tuyas...Ví que te metías ese polvito en la mano y te lo mandabas a la nariz y...¿qué querés que piense?

Desde adentro de la carpa se escuchaban las risotadas de Gustavo y Humberto. A lo lejos, bajo el alero del rancho, Servando seguía mateando tranquilamente, miraba para otro lado. A su alrededor, el concierto del monte había cesado abruptamente.

La cacería continuó esa mañana, nuevamente los changos de Servando los acompañaron y el más chico lo acompañó al Viejo.

-Ustedes vayan donde se les de la gana- les dijo- Yo me voy solo. No los aguanto.

Al mediodía se encontraron en el campamento y se pusieron en la tarea de pelar y desollar el producto de la caza. El Viejo estaba radiante, su bolsa estaba repleta. Por la tarde descansaron una rato y decidieron regresar a Salta. Cuando se despidieron de aquella gente tan amable, les dejaron cartuchos y mercadería que habían llevado para ellos. Al arrancar el jeep, Servando le dijo a Carlos:

-Vengan cuando quieran, don, pero no se me va a olvidar de los perritos ¿no?

Como al mes, Carlos llegó sorpresivamente al taller de su hermano, lo abrazó y le dijo:

-¿A que no sabés con quién estuve la semana pasada y se acordó de vos?

-Ni se me ocurre. -Le contestó el Viejo.

-Con don Servando. El del Puesto. Se lo merecen, son buena gente. Le fui a llevar los dogos. Un machito, y dos hembritas de distinto padre. Me costaron un platal.

-Jodéte.

Carlos camina unos pasos, le pasa el brazo sobre los hombros y con un tono misterioso le dice:

-¿Y sabés lo que me dijo? - Y comienza a reirse. -
¿A que no te imaginás, Pepe?

-No. Le contestó serio el Viejo, no me imagino.

-"Dígame don Carlos, su hermano, el canoso: ¿Ya se ha curao...? "

Hacía mucho tiempo que los dos no se reían así, tanto, tan abrazados.

UN VIOLENTO, TIERNO Y HERMOSO AMOR

A Eve Dominguez

Comprendió que el viaje iba a ser duro y largo. Sólo viajaban en ese buque veinte pasajeros y él, de todos el más importante en rango en esa empresa aventurada, intimaba sólo con el grupo de sus pocos amigos, que retornaban a su país luego de mucho tiempo.

Era en sí retraído, había pasado más de veinte años enteros entregado a una acción agobiadora que le había permitido apenas algunas vanas diversiones, alguna mujer que otra, algunos descansos pasajeros.

Pocos días antes de llegar, cumplió sus treinta y cuatro años a bordo, que sus compañeros le festejaron frugalmente, como correspondía a su grado militar.

Al pisar tierra, percibió el aroma, miró aquel cielo, la piel de su rostro recibió el aire cálido y húmedo de ese mes de marzo. Y en ese mismo momento, evocó toda su infancia. Sólo un instante le bastó para comprender que su destino, la tarea que tenía por delante valía la pena.

A los pocos días emprendió esa tarea, junto a sus amigos. Un trabajo complicado, de códigos estrictos. Uno de ellos, que tenía familia y relaciones en esa ciudad, conociendo su carácter introvertido, lo invitó a la casa de unos amigos que se complacían en hacer reuniones de tono festivo. Disfrutaban de conversaciones, bailes y buena mesa. Y más animado, se despojó por un momento de sus asuntos y concurrió por primera vez. Y allí la conoció.

Conversó y bailó con esa jovencita de tan solo catorce años, de ojos oscuros y pelo negro rizado que lo dejó impresionado, tanto, que esos encuentros se repitieron asiduamente y de tal manera, que al poco tiempo solicitó su mano a sus padres, gestionó los

permisos correspondientes, y se casó con ella exactamente a los seis meses y tres días de haber llegado a ese lugar.

Al año siguiente, por primera vez, la dejó sola en la casa de sus padres durante tres meses, viajó y volvió radiante por una misión militar que había cumplido a la perfección, un buen augurio para su destino.

Luego se radicaron en otra ciudad, lejana, y ya sin la compañía de su familia, la niña se transformó en una mujer, compañera inseparable y eficaz colaboradora en una nueva empresa, monumental, que él se había propuesto. En esa ciudad tres años después, ella trajo al mundo a una hermosa niña que años más tarde gratificaría a su padre de un modo ejemplar.

La mujer enfermó, y regresó con su hija a la casa paterna, y él continuó en esa ciudad solo, triste, preocupado y obsesivo trabajando en su proyecto, que al final concretó.

Abatida por su enfermedad, con su esposo lejano y con la pena de no poder acompañarlo, ella falleció a los veinticinco años de edad.

Meses después, desolado, afectado en su salud, calumniado y acosado por sus detractores, él llegó al Cementerio del Norte, en Buenos Aires, e hizo colocar sobre su reciente tumba una lápida de mármol en la que grabó esta frase:

"Aquí yace Remedios de Escalada, esposa y amiga del General San Martín"

APRESURAMIENTO

A Mariano Ariel

A su edad, siente que se le va la vida. Y no quiere, desea quedarse con esa vida en este mundo por mucho tiempo más. Y como tiene tantas cosas pendientes para hacer, para aprender, para opinar, para escribir, para gozar, se apresura a hacerlas.

Y como se apresura, se equivoca. Y cada vez más se equivoca. Y como se equivoca, fracasa en sus intentos y en sus proyectos. Y como fracasa se siente mal, se deprime, su espíritu ya no soporta el fracaso. Y como llega a esa profunda tristeza, desea intensamente morir cuanto antes.

AVISO CLASIFICADO

A Francisco Zamora

A ella se le ocurrió, cuando leyó un curioso aviso en la revista que distribuían por los barrios, gratis.

Y se le ocurrió, porque hacía mucho tiempo que era para ella una obsesión fatal. Y no conseguía cómo liberarse de esa idea.

De siete a una, en la oficina del ministerio, cargada de problemas, de cambios de gabinete, de ministros, de secretarios de partidos políticos antagónicos, soportando todo con tal de no perder ese puesto que les daba de comer a los dos.

Y se le ocurrió, porque de una y media de la tarde a seis de la mañana, cargada de problemas, de cambios de humor, soportando todo de ese jubilado que tenía en su casa por marido al que aborrecía, con tal de no perder la libertad, que a la cárcel no quería ir.

Y también se le ocurrió, porque harta ya de llegar a su casa y encontrarlo recién levantado, los párpados hinchados, hediendo a ajo, en chancletas, y buscando en la heladera la primera lata de cerveza del día, ella deseaba de alguna manera comenzar a vivir.

Y aprovechó la oportunidad que le brindó esa chica ignorada recién ingresada al ministerio por acomodados políticos que le dijo:

-Señora, ¿me da permiso para no venir el jueves y viernes? Mi novio me invitó a ir a Córdoba, que no conozco. Gracias. Yo a usted le tengo mucha confianza, sé que nadie se va a enterar. ¿Le puedo dejar las llaves de mi departamento? Por cualquier cosa, ¿Vió?

Y aprovecho esa llave, ese teléfono, y esa tarjeta de crédito que esa desprevenida estúpida dejó en su casa, llamó al periódico local, y puso este aviso clasificado:

"Por razones de viaje urgente, vendo alhajas, en total dos kilos de oro, entrega inmediata, pago contado, reserva absoluta. Calle Artigas 373, tratar únicamente por la mañana de siete a una"

Cuando llegó la policia, ella estaba echada encima de él, manchada con su sangre, hecha un mar de lágrimas.

LA ULTIMA VEZ QUE VI TUMBAYA

Tumbaya: en el norte de mi país, en la Quebrada de Humahuaca, un pueblecito somnoliento que viene repitiendo incesantemente en sus sueños el último tema de hace ciento cincuenta años, la historia de las luchas por nuestra libertad. Cuando alternativamente no aparecen en sus mismos sueños las grandezas de aquel imperio Incaico de antigüedad inmemorial.

Un pueblecito inundado por un sol increíble, que se pierde temprano a la tarde, ya que los cerros de la cordillera cercana se interponen y dejan solo a un cielo más azul que el mar, que deslumbra y refleja a ese sol justo justo en el centro de su plaza seca, con cuatro cardones, algunos alamos y cipreses.

Conocí a ese pueblo en mi juventud, cuando andaba de alegre mochilero; sólo una noche y un día entero me hicieron falta para que lo amara profundamente. Desde el generoso albergue que nos brindaron a mí y a mis compañeros en el pueblo, crucé la quebrada hacia el frente aquel mediodía, escalé un cerro del oriente, apoyé mi espalda contra una roca y desoyendo los gritos desaforados de mis amigos contemplé a Tumbaya de cara, su caserío y su gente, durante horas, hasta que el sol que caía tras los cerros me dió en los ojos, me encegueció y no sé porqué me dije: es la última vez que veré Tumbaya.

A ella la conocí muchos años después, cuando en mi precoz madurez, mis manos estaban tocando un cielo distinto, grisáceo, el cielo del éxito y de la fama. Y la conocí pues me escribió a mi empresa, que ella trabajaba en relaciones públicas, que le interesaban mucho mis contactos. Y que vivía en el norte. Y se lo dije

inocentemente: "Yo estuve una vez en el norte, conocí Tumbaya, alguna vez me gustaría volver"

Nos enamoramos, porque nuestras incipientes cartas giraron alrededor del sol, del cielo cambiante, de las lluvias tempestuosas, de las heladas precoces, de los pastores de cabras, de las laderas de los cerros sembradas de maíz, de los rojos malvones en las ventanas, de la mansedumbre de la gente de Tumbaya. Y nos enamoramos profundamente a pesar de nuestras obligaciones cotidianas, veloces, complicadas, ya que de tanto en tanto mencionábamos un poco en broma, un encuentro secreto en aquel lugar para hablar de nuestras cosas, nuestros gustos tan similares, nuestras admiraciones tan afines .

Ni yo se lo dije, ni ella a mí, pero se transformó la idea en una obsesión para los dos. Hasta que tiempo después cesaron sus cartas. Mi tremenda ocupación de esa época no pudo con mi impaciencia, tiempo después le escribí, le pregunté banalidades de su empresa. Y como si tal cosa, al final de la carta le mencioné las bellas montañas de colores cambiantes.

Consternado, recibí su noticia explicándome que estaba enferma, que debía viajar a Norteamérica a someterse a un penoso tratamiento, que volvería posiblemente en agosto, -y Dios mediante-, sana y salva.

No pude más. Mi agenda de agosto tenía un vacío maravilloso, un largo fin de semana. Y se lo dije: el 18 de agosto estaré esperándote allá exactamente cuando el cardón más grande de la plaza de nuestro pueblo no dé sombra...a las doce del mediodía.

Fuí. Llegué. Esperé. Una larga espera con cerveza boliviana, asado de cabrito, café espeso. Sentado ante la ventana de la posada, masticando unas hojas de coca, la

ruta de tierra allí adelante me entretuvo con el incesante trajinar de camiones, omnibus de pasajeros, coches de turistas. Y un largo alarido repetido de sirenas policiales y ambulancias me sacó de la espera.

Ya tarde, cuando el sol se había arrimado atrás de los cerros llegué en una destartalada camioneta al lugar del accidente, -una coupé que había rodado allá abajo del camino y yacía en el barranco,- un hermoso pié marmóreo con sandalia de Dior sobresalía bajo el poncho morado con que habían cubierto el cuerpo sobre un costado de la banquina. Aparté violentamente a un policía y descubrí su rostro. Era bella, estaba muy maquillada, parecía feliz, tendría unos setenta años.

LARGA ESPERA

Teníamos: Yo, dieciocho años. Vos, veintidos. Y eras la chica más linda que yo había visto en mi vida. Nunca supe porqué razones te fijaste en mí, me elegiste como tu compañero de estudios, me invitaste a tu casa. Nunca supe, ni lo sabré, de tus besos cerca, rozando apenas mi boca, de tu mano en mi hombro, de tu sonrisa cómplice cuando nos quedábamos solos...Yo era apenas un niño...

Cuando llegué a la famosísima edad de los treinta y cinco años, medio sabio, medio tonto...volví a tu ciudad. Te busqué. Te encontré. Teníamos...una asignatura pendiente. Y nos arreglamos para aprobarla. Y no la aprobamos...y nos dijimos tristemente: nos veremos... Pasaron muchos años. No recuerdo.

Hoy, un hijo tuyo, -no sé cuáles razones lo impulsaron y cómo consiguió esta dirección-, me envió este E-Mail: "Mamá murió. Ella quería que vos lo supieras..."

Lo que él no sabe, y vos menos, es que hace doce años que te estoy esperando acá.

Bienvenida amor...

NADIE ME LO CREE

Cada día lo amo más a mi viejo querido, aunque no lo ví nunca en mi vida, y no le pude jamás decir lo bien que me hicieron sus palabras, - que me hacen sus palabras-, tan bien dichas, preciosas, y tan justo a tiempo. Cuando por ahí las repiten, cada día me suenan mejor.

Mi madre me lo anticipó cuando yo era pequeño: "Cuando cumplas dieciocho te voy a hacer el regalo más lindo de tu vida" Y ese regalo consistió en una confesión, la suya, confesión simple y sencilla. Luego murió la pobre, callando ese secreto para siempre a todo el mundo porque me dijo: -Carlos, nadie te lo va a creer.

Yo ahora quiero intentar de nuevo, ilusionarme con esa quimera que intenté mil veces compartir, que fue rechazada la misma cantidad de veces que lo dije, que al final me ridiculizó a lo largo de mi vida, por eso abandoné, y me da bronca hacerlo, si hasta algunos se dan el gusto de hablar sonceras de él, y en esta esquina de la calle Corrientes de Buenos Aires, a los sesenta y cinco años, vendo diarios y revistas que en los días de lluvia, cuando hay pocos clientes, hojeo desde hace años afanosamente para que una línea, una simple línea diga y reconozca acerca de la historia ignorada de una chica de diecinueve años que enloquecida de pasión una noche, se embriagó con sus palabras tan bien dichas, tan preciosas e incomparables, que se fué con él hasta la madrugada, y luego él se despidió de ella con su sonrisa y unas frases que quedaron grabadas exactamente el día en que yo nací, el tres de marzo de mil novecientos treinta y cinco: "Piba, sentí que la vida es un soplo, yo me tengo que ir, pero mi vida es tuya, mi querer es tuyo, cuando veas que las estrellas te hagan burlas, en cualquier momento, me verás

volver..." Pero no volvió. Mi viejo, Carlitos Gardel, se quedó en Medellín, Colombia, un 24 de junio de 1935.

DE MAL HUMOR

Muy enojado y ofendido, me entrega una carta que acaba de recibir y me dice:

-Fijate esta carta que acabo de recibir, lo que es el desagrado de la gente.

Le digo que me la deje ahí, que ahora estoy ocupado, que después la leo y se la comento.

Más tarde la abro y me encuentro con esto:

Apreciado Jorge:

Aprovecho estos minutos que me dejan para descansar y te escribo. Lamento mucho que te hayas preocupado tanto por mi situación de desocupado, y te lo agradezco profundamente pero ya verás, esto no puede ser. Hace apenas unos días que he comenzado a trabajar en esta empresa y mi perversa mente analítica no deja de funcionar desde el momento en que, luego de dos años de reclusión en mi casa, me has conseguido este trabajo y empezaron los problemas.

Se hace necesario que te describa la cuestión con todos los detalles hasta llegar al meollo para que logres entender bien, y luego no vayas a querer criticarme. Estoy seguro comprenderás y no tardarás en estar de acuerdo conmigo.

Pues bien, yo estaba en casa, si bien empobrecido y viviendo apenas con el reducido ingreso de mi mujer. Iba al centro de la ciudad apenas una vez por semana y en colectivo. Cualquier cosa que me pusiera encima estaba bien pues no tenía que mostrarme ante nadie. En casa, con un par de zapatillas y un pantalón vaquero roto me arreglaba. Cuando tenía hambre, -poca tenía por falta de actividad-, con unos bizcochos y un par de mates solucionaba la necesidad. Mi viejo coche descansaba

plácidamente cubierto por una lona, no tenía problemas de desgaste, de pagar tasas de circulación, ni soportar las multas que asiduamente me aplicaban los arteros policías de tránsito. Sin llegar al descuido, me bañaba y afeitaba cada tres o cuatro días, la naftalina velaba por mis trajes en el placard, y las camisas descansaban del trauma del lavarropas en su cajón. Con este retiro monástico perfectamente organizado, dormía mucho, fumaba poquísimos y aprovechaba el tiempo para leer los clásicos, que dónde sabrás, reposa la sabiduría del mundo.

Alejado de las tentaciones mundanas, de vidrieras rutilantes, kioscos maliciosos y boliches de moda, me la pasé más de dos años renegando y entristecido por mi falta de suerte.

Con todo esto ya habrás entrado en tema; paso al punto: Hace un mes, -mis tareas son por la tarde-, no duermo la siesta, fumo como un condenado en esta oficina, llego a casa hambriento y como tal como si fuera un animal, el tráfico me neurotiza, las vidrieras me tientan, los cafés me subyugan, mi mujer me cela porque llego tarde, la policía me aplica multas porque me apuro para no llegar tarde. Y las cuentas me hacen recapacitar. Leé, gastos mensuales mínimos durante veinticinco días de trabajo:

- Exclusivamente combustible \$150*
- Otros gastos del automóvil, mantenimiento, Tasa de circulación, Seguro obligatorio, Impuesto al incentivo docente, Revisación vehicular obligatoria, pago de estacionamiento etc. \$120*
- Un café y un sandwich diarios (en el roñoso café de la esquina) \$50*
- Cigarrillos de más \$60*
- Tentaciones inevitables (Revistas, Cd's, alquiler de algun video) \$40*
- Amortización de ropa, zapatos (y corbatas) \$40*

-Gastos en casa por electricidad del lavarropas y la plancha, jabón de lavar la ropa, suavizantes, gas consumido por el calefón \$60
-Gastos en Jabón de tocador, hojas de afeitar, desodorantes y peluquería \$40
-Gastos en alimentación (ahora tengo apetito) \$150
-Otros gastos inconfesables \$50
*Total: **\$750***

Y, mi querido amigo, agregale a esto que mi mujer se entusiasmó y quiere, ahora que tengo trabajo, que la lleve los sábados a cenar y al cine, son \$160 más por mes. Y me dijo que va a sacar una cuenta en Pendorch's para comprarse trapos, que hay que pintar la casa, que no tenemos un juego de living cómo la gente...que...

Adiós amigo, cordialmente, vos comprenderás. Sería un agravio para tu generosidad decirte dónde podés ubicar este trabajo que me has conseguido, -en el cuál me pagan la increíble suma de novecientos pesos. Ya renuncié. No te preocupes, me quedo en casa.. Joaquín.

Por la tarde, le devolví la misiva y le dije con una sonrisa: no te enojés, tiene razón.

LA VISITA

La muerte me visitó a lo largo de la vida varias veces, pero yo le resulté indiferente. Siguió de largo, buscando con afán a otras presas.

Pero hoy fue distinto, inesperadamente hizo su repentina aparición y no me miró al descuido, sino con interés, y en sus labios descarnados apareció una sonrisa, un gesto como de apetito, de anhelo, -y como yo ya conocí lo que es la seducción y el deseo de una mujer, (y la muerte es pura mujer)-, al comprender ese gesto me evadí, me oculté, me escurrí, me achiqué, me empequeñecí y me tapé hasta quedar en la nada.

Y allí, tarde ya, comprendí mi error. Escuché a lo lejos sus violentas carcajadas de placer. Atrás, muy atrás, la voz de Carlitos Gardel cantando La noche que me quieras, ví la sonrisa de mi primera novia, el rostro de mi maestra de tercer grado, recordé el azul intenso de la corbata que tenía puesta el día que me recibí de médico. Nada más.

Autor:

Norberto Volante
Salta (Argentina)
volante@salnet.com.ar

Libro publicado en el *Cyber LETRAS*
<http://www.cyberletras.net>
octubre de 2001